

Edgardo Ronald Minniti Morgan



FORTÍN DE SAN JAVIER

Homenaje al Comandante Antonino Alzugaray, el olvidado “hacedor” del San Javier moderno.

*

ηCar

Ediciones ETA CARINAE

Edgardo Ronald Minniti Morgan
FORTÍN DE SAN JAVIER

Ediciones Eta Carinae – Córdoba - República Argentina –
2017

Impresa en Flash – Creación Gráfica

Vélez Sarsfield 56 – Local 15

Complejo Santo Domingo

Primera Edición impresa: JUNIO DE 2017

© Edgardo Ronald Minniti Morgan

e-mail: edminmor38@gmail.com

Todos los derechos reservados - All right reserved.

(Se autoriza su reproducción digital total o parcial con
expresa mención de la fuente).

Portada: Huellas fósiles de Huacahualinca – Web.

FORTÍN DE SAN JAVIER

Un puntal de la República

En homenaje al Comandante Antonino Alzugaray, el olvidado “hacedor” del San Javier moderno.

Introducción:

En los umbrales de la Era del Espacio, estamos iniciando la conquista de la Galaxia, cuando aún no hemos llegado a dominar nuestro mundo. Sin embargo la voluntad y la inteligencia priman. Ignorados individuos con mentes preclaras fueron abriendo puertas desde los comienzos de la civilización de los distintos grupos humanos, sin otra aspiración que la modesta de cumplir con sus anhelos de lograr esos objetivos personales aparentemente menores y que sin embargo, son la contundente afirmación de que continúan con los rastros iniciados en Laetoli y

continuados en Huahualinca. **Antonino Alzugaray** fue una de esas personas que avizoraban el futuro. Futuro próximo, tal vez, pero futuro al fin. A él le debemos los pasos iniciales de nuestra orgullosa ciudad.

En un principio

Fue la noche

Mil noches

Sin nombre

Solo el hombre

Solo



Laetoli

*Y comenzó a caminar
Al sentir pensando
Para alejar la bestia*

*El pensar sintiendo
Lo acercó a la sabiduría*

*La belleza le tendió
Sus alas de fantasía*

*Y siguió caminando
Tercamente
Echando a volar*



Huacahualinca

Sí, nuestro camino comenzó hace mucho tiempo...

El autor, desde muy joven – casi niño – tuvo contactos personales con un digno descendiente de **Antonino Alzugaray** que trabajaba como mano de obra especializada – pantalonero – en la sastrería que un tío había instalado en el entonces pueblo de San Javier; siguió con ese vínculo una vez que se independizara e encarar su propia sastrería. Las conversaciones con el mismo hicieron que admire – y respete – la figura de ese mítico personaje que ya casi nadie en la zona recuerda. Así, esos relatos por tradición oral, influenciaron al momento de encarar la novela histórica “Salvajes Palmeras del Pájaro Blanco”, de la que **Antonino Alzugaray** resultara también uno de sus personajes. Como Apéndice, se incluyen los capítulos correspondientes, para dar – de alguna manera – fuerza vivencial a este atípico trabajo sobre un personaje fronterizo, con gran visión de futuro. Se han remarcado en negrita las citas del mismo en los distintos párrafos para facilitar su identificación.

.

I

Los primeros rastros de la acción pública de **Antonino Alzugaray** surgen para el autor, con la designación por decreto del gobernador **Fraga**, fechado el 9 de Setiembre de 1859; se lo nombra Comisario de Policía en el Mercado Principal de Santa Fe. Tres días después de su designación, cumpliendo órdenes, permuta

ese cargo por el de Comisario de Corrales, de mayor importancia en la época, por los latrocinios comunes, en particular el abigeato. Renuncia el 31 de Julio de 1860 “por tener que ausentarse de esta ciudad”. Para entonces detentaba la jerarquía de Capitán de Guardias Nacionales, a las que habría ingresado en el bienio 1857/59, por ascenso del 21 de Abril de 1860.



Batallón de la Guardia Nacional de Santa Fe - 1865

Guardia Nacional, se denomina a los grupos de civiles enrolados y armados voluntariamente como cuerpos auxiliares del ejército regular, de cada una de las Provincias de la Confederación Argentina, que eran convocados y movilizados eventualmente en defensa de las instituciones públicas en los casos extremos de conmoción interna o peligro de indios.

Luego de la Batalla de Caseros, se inició el camino hacia la organización de la Confederación Argentina sobre la

base del pacto de 1831. Pero el naciente poder central, constituido por un hecho de fuerza con eje en Paraná, manifestaba gran debilidad ante la fortaleza de los gobernadores que aún controlaban las milicias locales. Así las cosas, con el objetivo de respaldar su nueva investidura, **Justo José de Urquiza** promovió la continuidad de la mayoría de los gobernadores devenidos del rosismo, logrando sellar un gran acuerdo nacional a través del Pacto de San Nicolás de los Arroyos y posteriormente, la integración de un Congreso que sancionó la Constitución nacional puesta en vigencia a partir de 1853.

La primera base sólida sobre la que se construyó la nueva autoridad central, fue el artículo 15° del Acuerdo de San Nicolás, donde se concedía a **Urquiza** el cargo de Director Provisorio de la Confederación y el mando efectivo de las fuerzas militares que poseía cada provincia, las cuales pasaron a ser consideradas como partes de un incipiente “Ejército Nacional”. Sin embargo, dada la necesidad de defender las fronteras aún no consolidadas, enfrentar eventualmente a la provincia secesionada y garantizar la unidad de las provincias confederadas, implementó medidas para articular las fuerzas de origen provincial bajo su mando. Este primer avance sobre las tradicionales milicias provinciales se complementó con la organización de un ejército de línea también de tipo “nacional”.

Los cuerpos se formaron con demoras y disminuidos en número de integrantes. Los gobernadores argumentaban la necesidad de efectivos para enfrentar los conflictos en las provincias y garantizar en las mismas la adhesión a la constitución nacional. En el caso de los cuerpos de línea, si bien los mismos se integraban por solteros, voluntarios, sorteados o enganchados, ante la falta de individuos comenzaron a destinarse desde las provincias a “vagos”, “mal entretenidos” y criminales, quienes podían cumplir su condena en el servicio de frontera. De esa forma, se conformaron los primeros seis cuerpos del Regimiento de Dragones -en Santa Fe el 1º, Córdoba el 2º, Mendoza el 3º, en San Luis el 4º, en Santiago del Estero el 5º y en Salta el 6º-.

La línea de fortines les cortaba a los núcleos indígenas montaraces la provisión de víveres que entonces provenían fundamentalmente de San Javier y las islas del Paraná.

Para el último cuarto del siglo XVIII se evidencia un proceso de desequilibrios y reacomodos en la jurisdicción litoral y especialmente en Santa Fe.

A la parcial dispersión de las reducciones jesuitas de San Javier, San Jerónimo y San Pedro luego de la expulsión de la Orden de San Ignacio (Extrañamiento), se agregó la llegada de pobladores principalmente de Santiago del Estero, Corrientes, Córdoba y Tucumán conformando una población heterogénea, en algunos casos errante, sin control o en tránsito, y en otros casos asentada en los pagos de la campaña y en la ciudad.

Desde el punto de vista del vecino de la ciudad de Santa Fe, la frontera era el lugar lejano y de vacío social. Parcialmente estaba identificada como tierra de indios, con un espacio que éstos ocupaban caprichosamente, se desplazaban en él con entera libertad, sentando su dominio. Pero también la frontera era un lugar donde había forasteros que llegaban solos, en grupos, o en familias desde las provincias del interior. Nada extraño por cierto. Prueba de ello lo constituyen – con el tiempo: un asesino italiano evadido de la cárcel de Corrientes, devenido en el más feroz de los caciques mocovíes de la zona, que tuvo a mal traer al Coronel **Obligado**; se hacía llamar “Juan el Rey” – le decían “Juan el Raí” - o “El Cacique Inglés” por la blancura de su piel y un criminal francés que desde Resistencia se refugió en los montes de los Bajos Submeridionales – norte de Santa Fe – que asolaba la región NO provincial. Ello fue documentado en dos trabajos del autor incluidos en sendos apéndices de “San Javier Colonial”.

Sin embargo, más allá de estos primeros cambios, el gobierno de Paraná contaba, ante todo, con la fuerza militar entrerriana en gran parte ocupada en mantener el control de la frontera con Buenos Aires. En este marco de fuerte fragilidad institucional y de inminente guerra civil, **Urquiza** dispuso la creación de la Guardia Nacional por Decreto N° 830 del 28 de abril de 1854.



*Fuerte del norte santafesino en 1858 – Burmeister -
Web*

El 5 de junio del mismo año, se organizó la Inspección General del Ejército y Guardias Nacionales como dependencia del Ministerio de Guerra de la Nación Argentina, responsable de controlar en cada provincia la formación de los correspondientes batallones, así como el envío de reclutas para el ejército de línea. Si bien el gobernador era quien debía organizar los batallones de la guardia nacional en la provincia era el presidente quien autorizaba su movilización “salvo el caso de invasión exterior o de un peligro tan inminente que no admita dilación, dando luego cuenta al gobierno nacional”. Esto último, incluido en el Artículo 105° de la constitución nacional, permitió legitimar las acciones militares autónomas de las autoridades provinciales “en beneficio del nuevo orden nacional y republicano” y mantuvo en el centro del escenario militar a la figura del gobernador.



Detalle defensas fuerte santafesino (Burmeister - 1858)

El equipamiento de las guardias nacionales es el mismo que el del Ejército Federal, es provisto por el Gobierno federal quien los adquiere según las necesidades de cada provincia y luego los transfiere vía Ministerio de Guerra de la Nación Argentina. Los milicianos tenían un uniforme muy similar al del ejército nacional pero con el distintivo de que pertenecen a la Guardia Nacional de alguna provincia (generalmente la Bandera Provincial o un escudo en particular).

En cuanto a la disciplina y las maniobras de operaciones, los milicianos integrantes de estas guardias nacionales, cumplían servicio los fines de semana y su trabajo era voluntario y ad honorem, sin perjuicio de los regalos y

remuneraciones que pudieran recibir en especial cuando eran federalizados.

Asimismo, cumplían una función de sensibilización o moralización frente al paradigma liberal dominante. El guardia nacional era el ciudadano custodio de las leyes y de la república cuyo “deber-derecho” era el de acudir en su defensa, pudiendo para esto empuñar las armas. Como consecuencia, se afianzó un vínculo directo entre los ciudadanos y la Constitución, que muchas veces se puso por encima de los gobiernos de turno y se implementó como fundamento de revoluciones y levantamientos políticos.



Desembocadura del A° Sanjavielito en el río San Javier
(Península casi al centro) lugar del fuerte SJ–
30°34'43,23”S-59°54'43,23 O - Google Earth

Su puesta en funcionamiento no fue fácil y evidenció diferentes ritmos en cada provincia. En Córdoba, la fuerza se creó por Decreto del gobernador **Alejo del Carmen Guzmán** el 9 de noviembre de 1852. Estaba integrada por todos los habitantes de la Capital y de las villas y pueblos de la campaña, desde la edad de quince a cincuenta años, que no estuviesen inscriptos en los demás cuerpos veteranos ya formados. Así, incorporó a la misma a los ex Batallones "Defensores de la Libertad" y "Libertadores", designando Comandante en Jefe a **Severo Ortiz**.

En Tucumán, por decisión del gobernador **José María del Campo**, y Salta los batallones de la guardia comenzaron por reemplazar los cuerpos cívicos urbanos en una estrategia implementada para garantizar la fidelidad de las milicias y la perdurabilidad del grupo en el poder.

Por ley del 5 de junio de 1865 se declaró obligatorio el enrolamiento en la Guardia Nacional activa de la República para "todo ciudadano argentino, de la edad de 17 años hasta 45 siendo soltero". Quedaban exceptuados los gobernadores, ministros, legisladores, jueces nacionales y provinciales como también los físicamente imposibilitados. Y fuera de su jurisdicción, la excepción alcanzaba a rectores de universidades y colegios,

maestros de postas, médicos e hijos menores de 18 años que atendieran la subsistencia de madre viuda o de padre septuagenario o impedido. Los guardias nacionales podían dispensarse mediante su substitución por "personeros".



Detalle del lugar del fuerte.

A partir de la toma de posesión de la presidencia de Julio A. Roca en 1880, aleccionado por la rebelión tejedorista, se definieron los roles del ejército de línea como fuerza regular y de la Guardia Nacional como institución auxiliar del mismo. En consecuencia, el gobierno federal monopolizaría la fuerza pública y el poder provincial quedaría despojado de sus funciones militares.

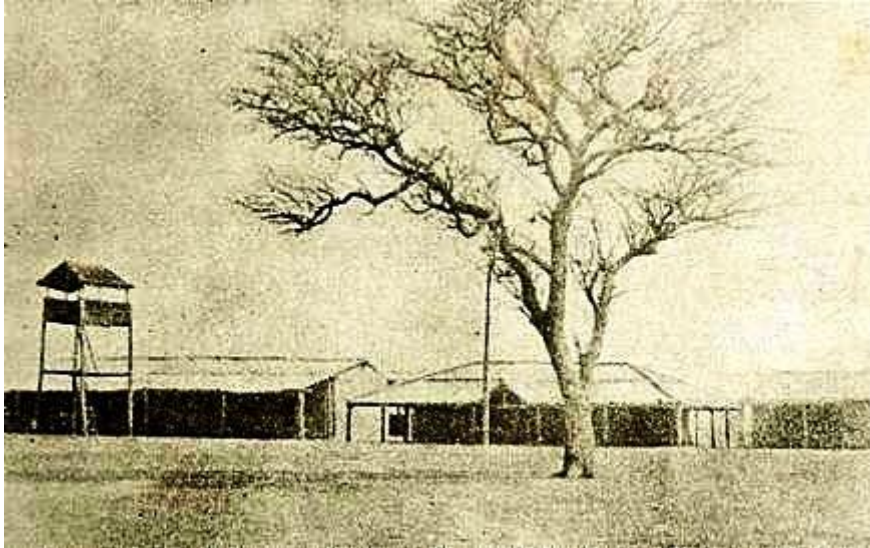
No obstante, al conservar el gobernador su carácter de “agente natural” de poder ejecutivo nacional, su papel de mediador directo en las tareas de reclutamiento y

movilización de la Guardia Nacional mantuvo, en alguna medida, el control sobre los contingentes militares auxiliares locales.

Finalmente, con la promulgación de la Ley N° 4301 del 11 de diciembre de 1901 -conocida como "Ley Riccheri", se organizó el servicio militar obligatorio, desterrando así el tradicional poder militar de los mandatarios provinciales sobre las fuerzas regulares.

Roselli estudió extensamente la evolución de los fuertes y fortines en la frontera norte interior. De sus palabras y otros estudios realizados por diversos autores, puede afirmarse en virtud de los informes del ingeniero militar polaco que acompañaba a Obligado, Capitán **Wysocki**, que los fuertes en general contaban con una empalizada “de palo a pique” de madera dura (ñandubay o quebracho). Un precario alojamiento para la tropa (rancho) de materiales locales; otro similar para los oficiales, generalmente más iluminado y ventilado. Pozo de balde para el suministro de agua. Corral para la caballada.

Contaban además con un sitio elevado para observación de la zona circundante (“mangrullo”) – que podía ser una plataforma construída “ex profeso” o simplemente instalada en lo alto de un árbol - a la que se ascendía por escala de madera o sogas.



Fortín “Gral. Necochea” – Tostado - 1909 – BPCCVigil

El fuerte de San Javier no puede ser la excepción; debió ajustarse a esos parámetros, algo más relajados por las características y proximidad de la población local.

En contra de lo pensado anteriormente, respecto de que el mismo se hallaría en lo que hoy es la propia planta urbana se debe reconocer en base a las referencias cartográficas obtenidas, el fuerte – o fortín – habría sido emplazado poco más de un kilómetro al NE de la misma, sobre la costa del río,, en el lugar de desembocadura del A° Sanjavielito, en el paraje denominado “Paso de Warnes”; lugar de tránsito obligado para quienes van – o llegan – desde las islas y/o provincias vecinas (Léase Corrientes).

Si bien se cuenta con la convicción de ello, se habla en potencial dado que esa circunstancia solo puede ser determinada fehacientemente mediante los estudios arqueológicos correspondientes que corroboren la

existencia en el lugar de un asentamiento humano de esa naturaleza en tiempos pretéritos.

II

Pocos días después de la renuncia de **Alzugaray** a la Comisaría de Tablada, hace lo propio con el cargo de Segundo Jefe del Batallón “de Orden” de la Guardia Nacional, por injurias vertidas por el Segundo Jefe de la unidad; al no ser considerada la misma, el 11 de Junio de 1861 reitera su renuncia por diferencia con los comandantes **Estanislao López** e **Hilario Zabroso** (a cargo de la Inspección de Armas y de Enrolamiento de la Guardia Nacional de la Provincia) la que tampoco es aceptada y continúa en las filas. Ello habla elocuentemente del aprecio y respeto que merecía su persona.

El 23 de Marzo de 1863, el gobernador **Patricio Cullen** lo designa Comisario de la Segunda Sección de Policía de Santa Fe. Renuncia el 31 de Mayo de 1864 por desavenencias con su superior jerárquico (político), permaneciendo en el cargo hasta el 31 de Octubre de 1864.

En ese año, se presenta en la licitación y le es adjudicado el “derecho de pisos y barricas de medida” en el puerto habilitado por el gobierno en Santa Fe, por la suma de trescientos treinta y seis pesos plata, siendo su fiador Tomás Cullen.

El 26 de Diciembre de 1864, contrae enlace con **Mercedes Leguizamón**.



Habiendo muerto el comandante del fortín de San Javier, durante 1865 hubo en el lugar conatos de rebelión indígena por disconformidad con el accionar de sus sucesores, al punto que las autoridades se vieron obligados a suplantar al comandante del cuerpo por el teniente Candino, quien alarmado solicitó al jefe del

Departamento San José la liberación de varios indios en Cayastá para aliviar la tensión; a lo cual se agregó la provocada por la negativa de los indios reducidos en San Javier de pelear en la guerra del Paraguay, ya declarada. En esta circunstancias asume **Alzugaray** la comandancia del fortín, llegando a ser tanto su arraigo entre los pobladores, que el propio jefe de la Frontera Norte Interior, coronel **Matias Olmedo**, le pide consejos sobre como actuar en la emergencia. Trata de resolver la tensión esta comandancia, enviando “tiradores castellanos” en lugar de criollos para asegurar la paz en San Javier y su zona de influencia. Plan apoyado por el gobierno, que comisiona al capitán Domingo Olaguibe con un contingente a su cargo y dispone que el comisario del Departamento San José se subordine a las órdenes de Antonino Alzugaray.



Daguerrotipo deteriorado del Cnel Olmedo – Web

Llegadas las tropas a San Javier, **Alzugaray** consigue que por orden del Jefe de Fronteras se retiren para evitar sospecha de ataque a los lugareños, conjurando una situación de tensión crítica en la reducción sanjavierina.

A partir de 1866 cooperó activamente con las comisiones gubernamentales y grupos de colonos extranjeros que fueron a radicarse en la zona, ayudando en las gestiones y guía para la fundación de las colonias California, Francesa, Galencia, y Eloísa.

No eludió el peligro en 1867, cuando debió remitir de vuelta a Santa Fe a un grupo de mocovíes desertores del cuerpo de “Blandengues de Belgrano” que tras depredar, asesinaron a unos obrajeros en Calchines .

El regimiento “Blandengues de Belgrano” contaba con 150 indios “voluntarios”, *“que van a jugar su vida en defensa del honor nacional. Los indios tienen más patriotismo que ciertos hombres que se jactan de haber nacido en el seno de una civilización.”* (Tomado de : *EL FERROCARRIL*).

Ese año fue comisionado a Sunchales, lugar donde el gobierno preveía el asentamiento de colonizadores extranjeros. Pero debió regresar a Santa Fe el 23 de Noviembre de 1867, cuando fue convocado por las autoridades dada la atmósfera existente en las colonias contra el gobierno provincial: *“siendo necesaria la presencia del capitán **Alzugaray** aquí, el gobierno ha dispuesto hacerlo retirar, y como esta medida puede*

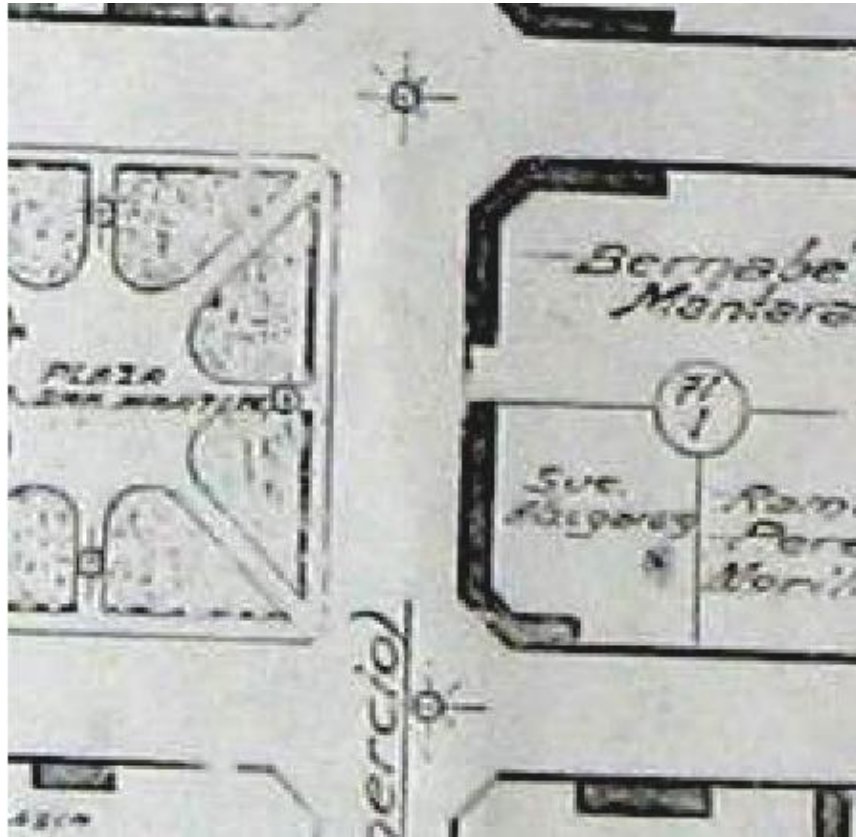
*intranquilizar a los colonos allí establecidos, S.E. me encarga prevenir a V. que si ellos no quieren continuar allí por ser insuficiente la custodia de la guarnición existente les manifiesto a nombra del gobierno que pueden venirse que los establecería en Coronda donde hay otras familias... ”*¹ Por esa causa el 27 de Noviembre de 1867 es reemplazado por el mayor **Patricio Hernández** en el cargo de Jefe de la Colonia Indígena de San Javier y regresa a Santa Fe, no sin antes recibir el 18 de Mayo de 1867 el premio que le confiriera el gobierno de Santa Fe por sus valiosos servicios prestados en la frontera, un predio en la propia San Javier, donde habría de levantar posteriormente su casa, para radicarse con su familia.²

¹ Archivo General de la Pcia. de Santa Fe – Copiador de Notas del Ministerio de Gobierno 1867-68

² Archivo General de la Pcia. de Santa Fe – Copiador de Notas del Ministerio de Gobierno 1866-67



Fotografía de la casa de Antonino Alzugaray desde torre iglesia – Greca -1917.



Ubicación frente a la plaza de la casa de Antonino Alzugaray (1921)- Hoy demolida.

Desde San Javier desarrolla una intensa y fructífera tarea en favor de la colonización de la zona, apoyando las aquellas comisiones extranjeras que se trasladan al lugar para selección de los terrenos aptos para su asentamiento, con los riesgos que ello importaba, por la suspicacia innata del indígena.

Un hecho concreto pone en evidencia las características de su personalidad y de su vocación de servicios.

Los norteamericanos de Colonia California, alarmados por las depredaciones de los indios “mansos” (reducidos), piden la intervención del gobierno provincial, a fines de 1868. El 16 de Enero de 1869, el gobierno les solicita que, para contrarrestar “las malocas” (sic) debían proponer una persona “idónea para ejercer las funciones de comisario de esa colonia”, al que se le suministrarían las fuerzas necesarias para llevar a buen término su cometido.³

El 28 de Agosto de 1869, cansados los vecinos se reúnen y eligen al Capitán **Antonino Alzugaray** para esa función, cursando la correspondiente comunicación.⁴ Ello dio lugar a su designación como tal el 9 de Setiembre de 1869, año en que arreciaron los conflictos entre colonos e indios. La hostilidad de éstos con aquellos se originaba principalmente en el alcohol, de venta libre en el poblado, situación aprovechada por los comerciantes para cambiar bebidas, balas y pólvora, por plumas, cueros de nutria, ciervos, tigres que conseguían de las tribus salvajes Chaco adentro. Situación con el correr de un par de años, que determinó el estudio de la posibilidad de volver a trasladar al núcleo de indios reducidos nuevamente a Santa Rosa de Calchines. Medida resistida por los mocovíes que alegaron

³ Copiador del Ministerio de Gobierno - 1869

⁴ Archivo de Gobierno – T.34 –Notas varias.

permanecer en el lugar mientras la imagen de San Francisco Javier estuviese en ese punto.

Después de casi dos años de ejercicio de la función de comisario, en mérito a la capacidad y tino demostrado, el 22 de Abril de 1871 se lo nombra Juez de Paz de San Javier y sus colonias aledañas: California, Cullen, Eloísa, Francesa e Inglesa (Galencia).

El 22 de Setiembre de 1871 la Legislatura Provincial presta acuerdo para el ascenso de distinguidos jefes militares. Así, **Antonino Alzugaray** es ascendido al grado de Sargento Mayor de Infantería.

Organizada la colonia de San Javier y establecida la planta urbana para el pueblo, Alzugaray, con el coronel **Leopoldo Nelson** y el preceptor de la reducción fray **Hermete Costanzi**, integra la comisión encargada de distribuir y escriturar las tierras donadas por el gobierno provincial para los indios del lugar.

En el transcurso del año 1879, un huracán asoló la región ocasionando víctimas y severos daños materiales; en la localidad al Juzgado de San Javier le ha volado dos techos. A **José Soler** los tapias del sitio, el parapeto, la cornisa de la casa y un galpón nuevo. A **Pedro Traverso** dos tapias y bastante perjuicio en los techos. A **Antonino Alzugaray** le ha destruido un rancho y ha hecho mucho perjuicio en las paredes de la casa. A **Andrés Aymar**, su casa de negocios destruida. **Pedro Cáceres** con su casa caída. Una porción de ranchos de los indígenas volados a

grandes distancias. La iglesia ha tenido perjuicios considerables en todo el edificio, en particular en los techos.

El 24 de Diciembre de 1874 es ratificado en el cargo de Juez de Paz, pero por razones de incompatibilidad con la función nacional de “Guarda de Rentas”, declina asumir la función por un tiempo.

El 13 de Noviembre de 1874 es propuesto por la Inspección General de Escuelas de la Provincia para formar parte de la Comisión Escolar de San Javier, conjuntamente con **Benito Lobo, Alejandro Mac Lean, Juan Grobet, José Vouilloz y Alejandro Couvert** (El manejo de la educación no estaba centralizado aún). Además, el 16 de Noviembre de 1874 pasa también a integrar la comisión evaluadora de la contribución directa de ese distrito.

En Febrero de 1876 solicita licencia especial para ausentarse a Santa Fe, para gestionar el ingreso de su hijo al Colegio Inmaculada de esa ciudad. Concedida la misma, viaja con ese destino y arriba a la ciudad en el vapor “Quinto de la Helvecia”, el 4 de Marzo de 1876.

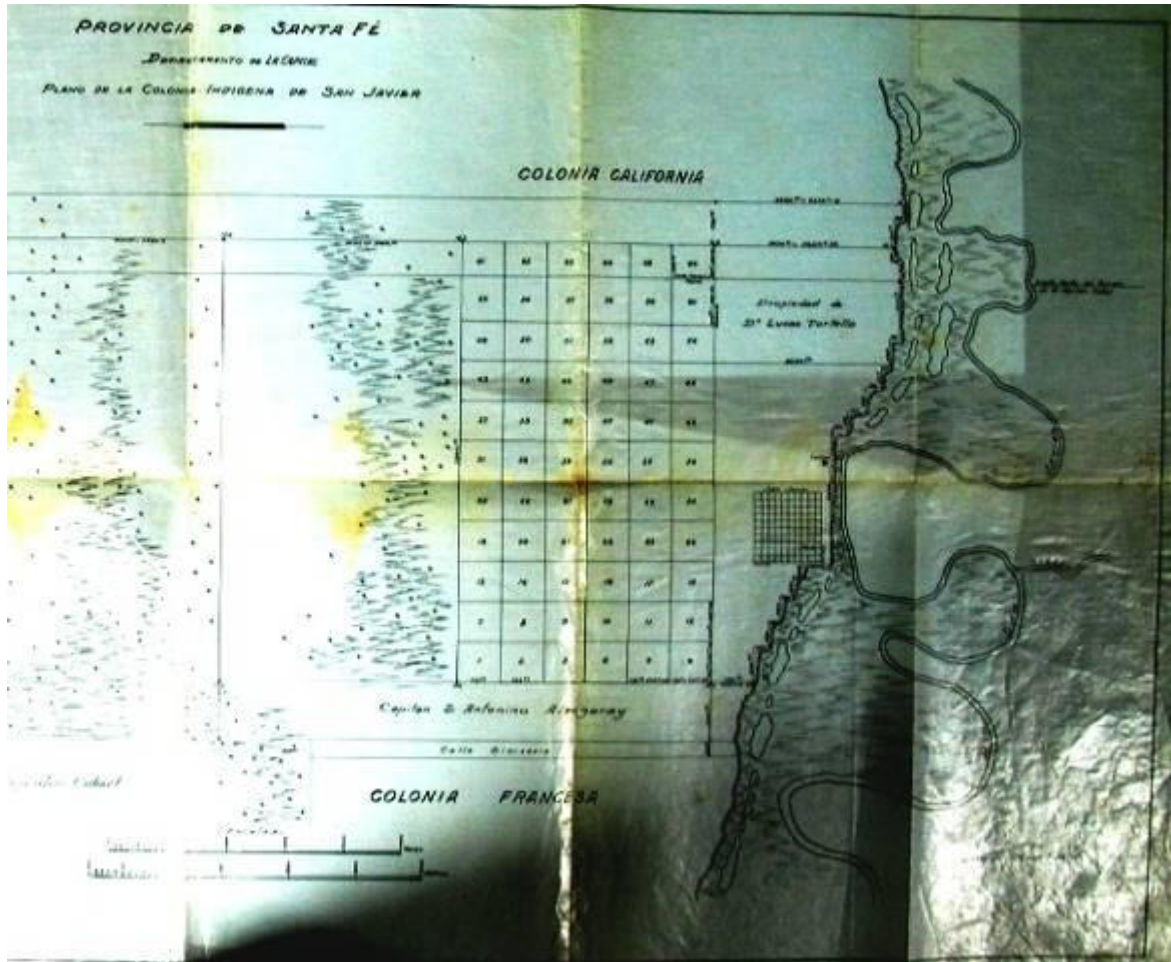
En Octubre de 1876 **Alzugaray** gestiona el cambio de residencia del Teniente Juez de Colonia Francesa a San Javier, para que estuviese más cerca de las colonias del norte, a la sazón más pobladas e importantes. El cargo es suprimido por la legislatura en el ejercicio para 1877.

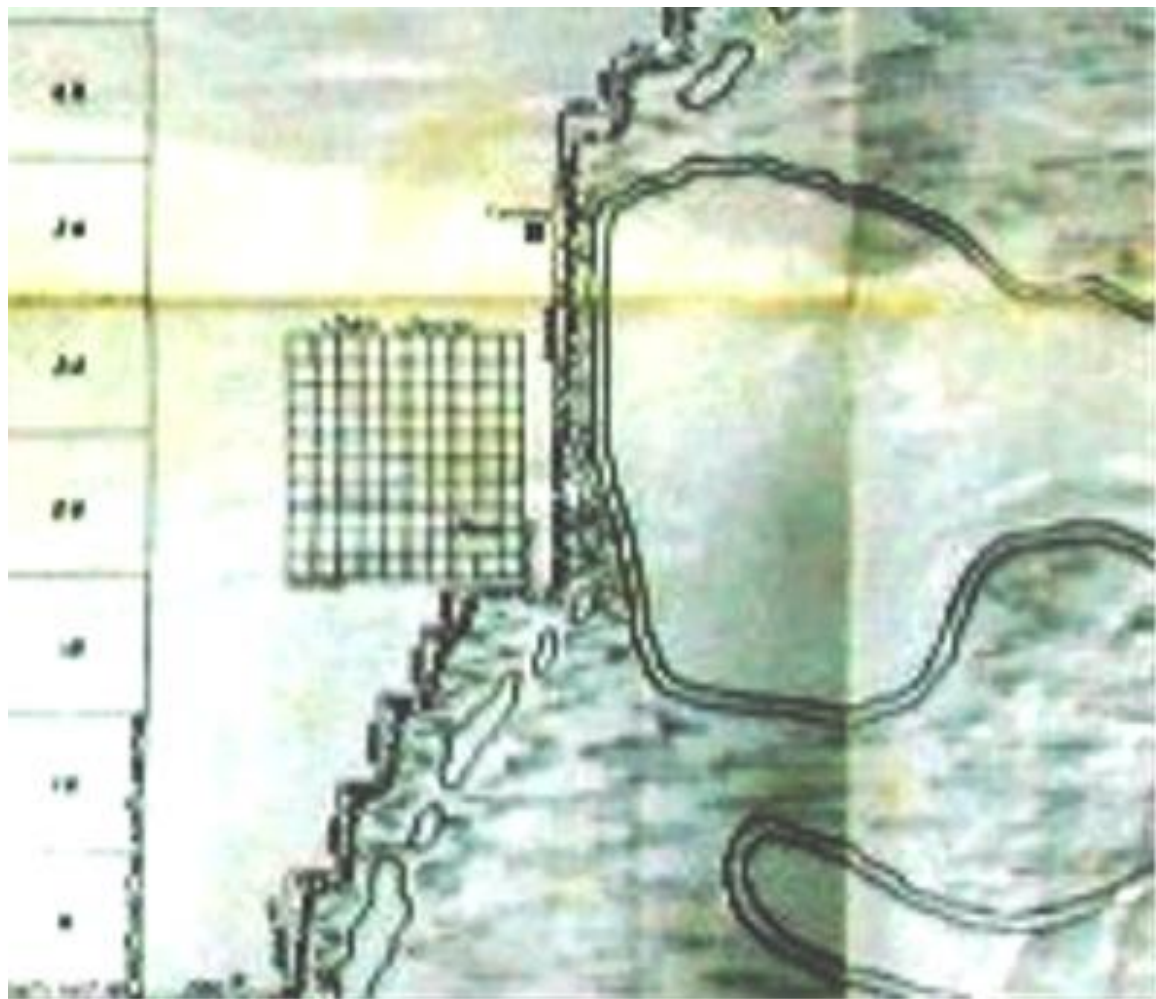
Para que el servicio del que era responsable no sufriera perjuicios, cuando las arcas del estado demoraban en hacer llegar sus aportes, por razones tanto burocráticas como físicas, pagaba de su bolsillo el sueldo de los agentes a su cargo; situación que pudo soportar hasta 1878, en que por razones de familia, tuvo que suspender los servicios de sus cuatro ayudantes, informando de ello al gobierno por nota del 13 de Octubre de 1878, a la vez que pide autorización para hacer uso de lo recaudado en concepto de impuestos locales con obligación de posterior rendición de cuentas. Al no tener respuesta favorable, evidentemente desalentado, eleva la renuncia al cargo el 22 de Octubre de 1878, aduciendo razones de familia. Responsable, continuó prestando servicios hasta el 11 de Enero de 1879. Fue reemplazado entonces por Hermenegildo Albariños. Pasó a dedicarse al comercio con resultados inciertos, ya que se vio obligado a ofrecer su casa en venta al gobierno, para satisfacer la demanda de educación de sus hijos.

Esclarecedor es el trabajo de **del Barco y Montenegro de Arévalo** respecto de los premios en tierra fiscales otorgados a guerreros del Paraguay y servidores de la frontera santafesina. Comprendemos así el hecho de la cesión de tan importante predio al comandante **Alzugaray**.

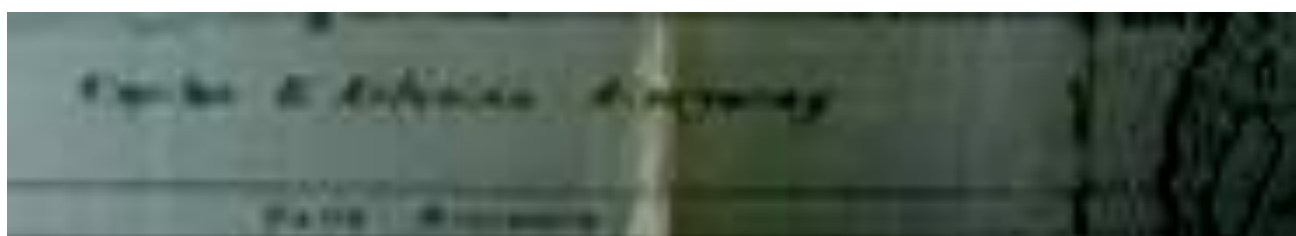
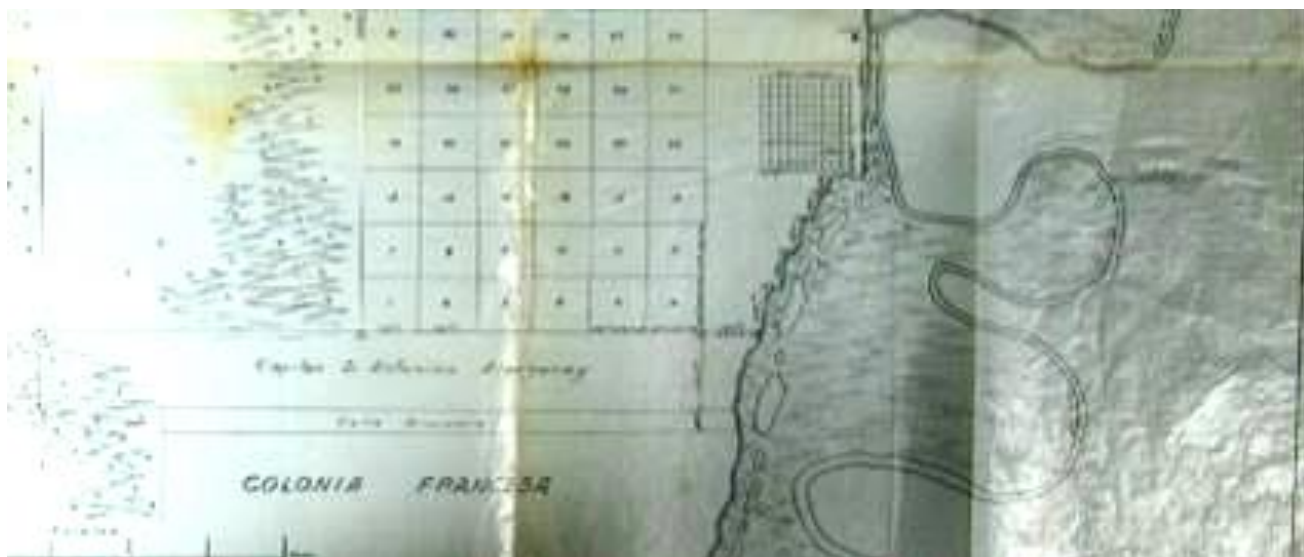
Sí, el Estado, como reconocimiento a su labor, le adjudicó un extenso predio sito en el borde Sur de la

entonces Colonia Indígena de San Javier; el mismo llegaba hasta el A° Saladillo Dulce. Huelgan los comentarios





PROVINCIA DE SANTA FÉ
DEPARTAMENTO DE LA CAPITAL
PLENO DE LA COLONIA INDIGENA DE SAN JAVIER



PLANO SECIT SJ -

Antonino Alzugaray falleció en San Javier el 14 de Julio de 1888. Su descendencia, transita aún orgullosa de tan magnífico héroe civil, los no ya tan polvorientos caminos del Pájaro Blanco. Sus restos, como es habitual, pasaron por la iglesia local camino del cementerio. En el Archivo de la Biblioteca Nacional se halló una imagen de la misma, del año de tal fallecimiento.



Iglesia de San Javier – 1888 – BNA.



Debemos escuchar el mensaje de Antonino



No podemos renegar de nuestro pasado.

BIBLIOGRAFIA

ALEMAN, Bernardo – Santa Fe y sus Aborígenes – I Parte – Junta Prov. Est. Histor. – Santa Fe -1994.

ALEMAN, Bernardo – Santa Fe y sus Aborígenes – II Parte – Junta Prov. Est. Histor. – Santa Fe -1997.

COCCO, Gabriel y CERUTTI, Carlos Natalio - Un proyecto de arqueología histórica: Fortín Aguará, Estancia "El Lucero" Aguará Grande, dpto. San Cristóbal -Revista América n° 14 – ceride.gov.ar – Santa Fe – s/f

DEL BARCO Julio y MONTENEGRO DE ARÉVALO, Liliana – Los Premios en Tierras Fiscales por Servicios Militares de los guerreros del Paraguay y y

Servidores de la Frontera Santafesina – Revista de la Junta Prov. De Estudios Históricos -- jpeh.ceride.gov.ar/ - s/f.

DUARTE, María Amalia – A la Conquista del Chaco Austral. Las Colonias Santafesinas de la Costa – FAHCE - UNLP – 1970.

DUARTE, María Amalia – Algunos Asentamientos y Proyectos de Colonización Inglesa en la Argentina (1865-1870) – FAHCE – UNLP – s/f.

MINNITI MORGAN; Edgardo Ronald - El Cacique Inglés - Ponencia en el III Encuentro de Historiadores - Junta Prov. De Estudios Históricos - Santa Fe 1999.

MINNITI MORGAN, Edgardo Ronald - UNA “REVOLUCION AGRARIA”- Relación documentada de la inmigración santafesina y un caso de incendios, saqueo y corrupción en Colonia Sunchales – Monografía – Asociación Amigos del Archivo General de la Provincia – Esperanza – Santa Fe – 2005

MINNITI MORGAN; Edgardo Ronald – Cabalgando en la Memoria – Historia de San Javier – Ediciones Eta Carinae – Córdoba – 2007

MINNITI MORGAN, Edgardo Ronald - COLONIA CALIFORNIA y GALENCIA en el Pájaro Blanco – Eta Carinae – Córdoba – 2013.

MINNITI MORGAN; Edgardo Ronald - El Cacique Francés – Córdoba – 2013.

MINNITI MORGAN, Edgardo Ronald – San Javier
Después - De la Toldería al Observatorio Astronómico –
Eta Carinae – Córdoba – 2014.

MINNITI MORGAN, Edgardo Ronald – Malones
Tormentas Crecientes y Otras Calamidades – Eta Carinae
– Córdoba – 2015.

MINNITI MORGAN, Edgardo Ronald – Salvajes
Palmeras del Pájaro Blanco – 2da. Edic. – Eta Carinae –
Córdoba – 2015.

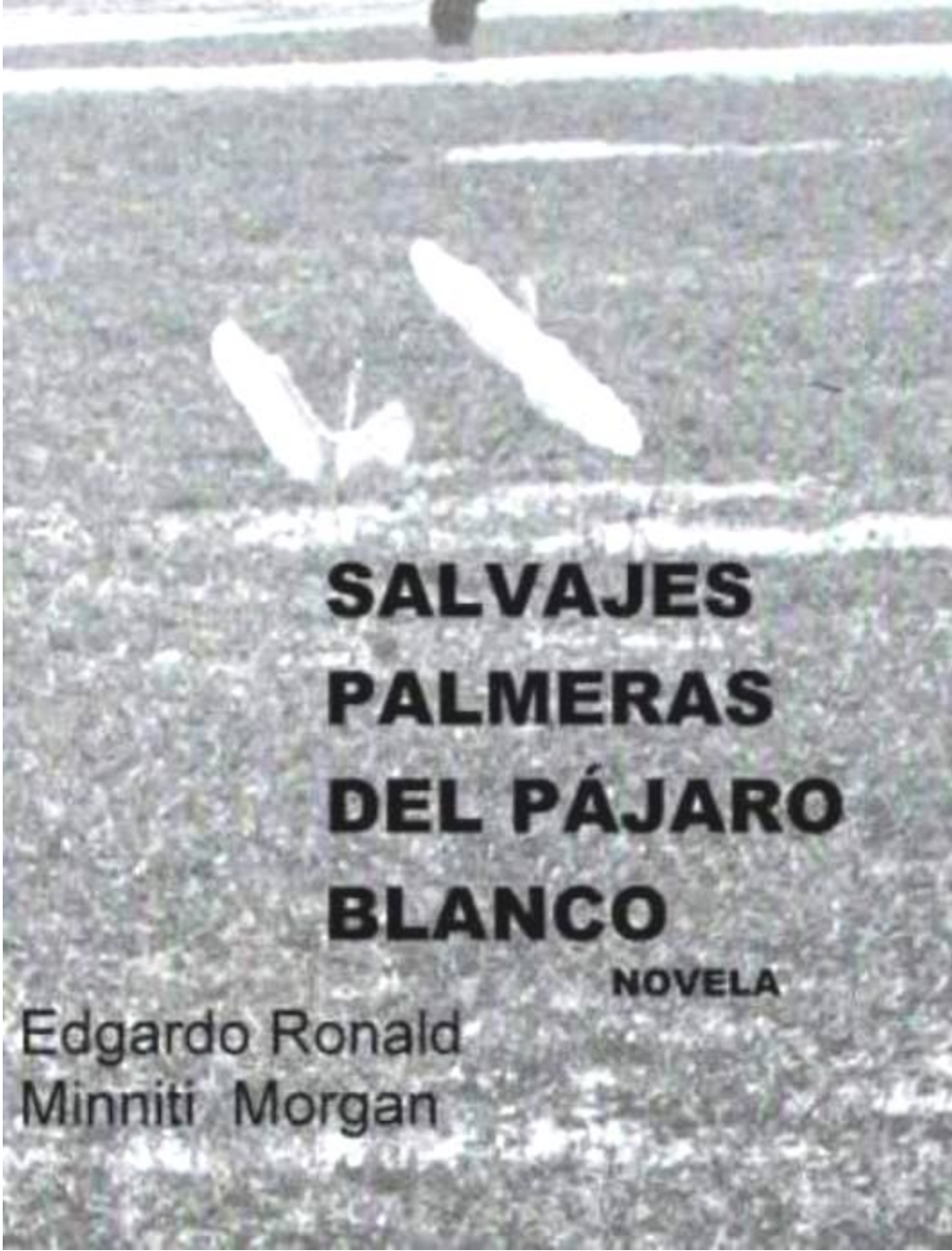
ROSELLI, Manuel – Historia de Reconquista – Primera
Parte – Fundación Banco BICA- 3ra. Edición – s/f.

SUÁREZ Teresa y TORNAY, Laura - Poblaciones,
vecinos y fronteras rioplatenses.
Santa Fe a fines del siglo XVIII – UNL- Santa Fe – s/f.

WILDE, María Josefa – Las Milicias Santafesinas entre
1868 y 1880 – Inst. Histor. De la Organiz. Nacional –
Buenos Aires – 1982.

WIKIPEDIA – WKP – Consultas Varias s/f.

APÉNDICE 1•



**SALVAJES
PALMERAS
DEL PÁJARO
BLANCO**

NOVELA

Edgardo Ronald
Minniti Morgan

CAPITULO XXXVIII

EL EXTRAÑO

El hombre venía del sur. Cabalgaba lento. Su figura flaca y desgarbada sobre el caballo, desentonaba con las presencias que eran de esperar de aquel lado. El extraño quijote encaminó hacia la casa que entreveía.

Alejandro Mac Lean había retornado hacía un momento para buscar una tuerca para reparar el arado que la había perdido en el surco, por un brusco cabeceo dado contra un raigón. Salió a la galería y dejó que se acercara.

- Buen día, señor - saludó el hombre en claro inglés para su sorpresa.

- Buen día - respondió. Cuando hubo desmontado lo invitó a pasar a la cocina.

Sonriente, el hombre extendió la mano y estrechó su diestra.

- Me llamo Hildreyds. Charles Hildreyds, ando de visita por estos pagos. Me enteré de la existencia de ustedes. Decidí largarme para tentar suerte - explicó.

- ¡Vaya decisión la que ha tomado! No tiene idea de lo difícil que se ha puesto aquí la situación, particularmente con los aborígenes.

- ¿Aborígenes dice?

- ¡Por cierto!

- No he visto a ninguno. ¿No están reducidos acaso en San Javier? Yo efectué un rodeo para evitar el asentamiento.

- Ha tenido suerte de llegar con todas sus cosas y montado.

Siguieron las presentaciones a la otra rama, la femenina del clan. Los hombres, los peones, se encontraban en la chacra. De tanto en tanto, cuando el viento era favorable, se escuchaban sus gritos alentando a los animales a repechar, en plena arada. La lluvia había sido poco generosa. Tenían que sembrar antes de que se les fuera la época.

Sentados en la galería, Mac Lean le explicó que no requería de sus servicios. El, con su hermano y dos peones, se arreglaban perfectamente

para llevar adelante su empresa, permitiendo así relativo bienestar. No cabía en su restringida economía, la posibilidad de incorporar otra persona. No al menos por el momento.

- La vida de la colonia no es fácil, ni es monótona - comentaba - Nadie puede afirmar ello, aún cuando algunos sonidos se repiten diariamente a las mismas horas y el trabajo se reparte en los mismos días, y las personas son pocas y no cambian. No señor, todo es simple aquí, ¡pero no aburrido!

- ¿Habrá otras posibilidades?

-Es probable que los Moore, o los Snow, o los Schneider, puedan tener algo para usted - comentó Alexander.

- ¿Los Moore? He oído del capitán Moore. Tal vez haya sido uno de los motores de mi viaje.

-Sí - le respondió Alex - el mismo; vive allá, en aquella casa que sobresale de los árboles - le decía indicando un manchón rojizo que se mostraba orgulloso su chimenea por encima de ese limitado horizonte, a unos dos mil metros; extraño al paisaje exuberante, reino de las catedrales vegetales. El hombre había herido de muerte el lugar, erigiendo aquella civilizada construcción de dos plantas.

Se despidieron avanzada la mañana, una vez que hubo dado cuenta de un frugal desayuno y satisfecho liminalmente sus apetencias de información sobre el paraje. California Colony - como insistía en llamarla, le había impresionado. Por el trabajo que denotaban esas primeras parcelas, las comodidades de su vivienda y la amabilidad de esa familia que le había ofrecido hospitalidad. Debía partir para tratar de resolver una cuestión básica que lo apremiaba: el futuro.

Se arrió al hombre que con el fusil cruzado en la manquera, guiaba el arado desenrollando el surco que se perdía detrás, en el monte aplastado por el cielo azul.

- Buen día, señor, soy Charles Hyldreys.

- Mucho gusto señor, soy William Moore y éstos mis hijos, Will, Tom y Jeff - dijo señalando a los tres jinetes que, al arribo del extraño, se acercaron al galope disponiéndose en semicírculo detrás de su padre.

- Encantado - expresó llevándose la mano al ala del sombrero.

- ¡Jeff, hacete cargo! - ordenó invitando con un gesto al forastero a seguirlo en dirección de la casa. Recorrieron la distancia a pie, mientras los

envolvía una animada conversación que iba acercándolos de a poco. Aún cuando era parco, sus pocas expresiones elocuentes y precisas, lo llenaron de satisfacción. Tuvo la certeza de que estaba frente a un hombre de verdad, circunstancia que pocas veces se le habían dado en la vida. Aquellos colonos eran de otro temple. Lo había avizorado en Mac Lean, lo confirmaba en ese recio ejemplar humano.

La luna trepaba con dificultad, nadando entre los árboles. Las luciérnagas le disputaban el espacio ganado y arriba, en el claro del patio, la faja de la vía láctea ajustaba la cintura de la noche.

Sentados en torno de la mesa, después de haber dado cuenta de la primera cena seria desde su partida en el sur, les repetía que venía de allá, de la zona de Rosario, donde trabajaba como ayudante en una estancia, hasta que las diferencias con el capataz, las moscas y ese viento, esa tierra, lo empujaron a venir para este lado. Tentó suerte en Roldán, Carcarañá, Cañada de Gómez, era igual. No solo trabajo, sino el trato y la poca retribución. Era mucha la mano de obra disponible. Italianos, polacos, alemanes, venían solo con sus brazos. Se los veía en cuadrillas al costado de los caminos, detrás de las cosechas. Maltratados por los señores de la tierra, esos estancieros prepotentes, hechos a fuerza de carne asada y galleta. Odiaban tanto al indio, como a esos peones extranjeros, a quienes no perdían oportunidad para humillar. Relató con detalles lo sucedido en Cañada de Gómez, donde un italiano que fue llevado por delante por el repartidor de carnes, que a la vez era agente de policía en la comisaría del lugar. Se apeó y de un planazo lo revivió al pobre tano, conduciéndolo a la rastra hasta una celda, donde lo encadenó. De poco sirvieron sus protestas, el Juez de Paz era el carnicero. Completó el hecho con otros detalles, comentando: - Eso casi llevó a un incidente internacional de proporciones. Había dos cañoneras italianas en el puerto de Rosario. Se aprestaron a defender la integridad de sus connacionales. Sin embargo, no sirvieron los esfuerzos de la comunidad afectada para la destitución del Juez que era un tal Cirilo Peralta, ni las marchas con banderas frente al Juzgado; no se destrona fácilmente a un caudillo local en época de tanta violencia política como ésta. ¡No imaginan ustedes lo que es aquello! Aquí viven tranquilos, al costado del mundo - remató Charles.

- Muy interesante todo, en verdad - manifestó William - pero debemos ir a dormir. Nos espera un duro día mañana. Así que lo invito a que se instale, los muchachos le harán lugar. Aquí la paga no es mucha. Doce reales bolivianos por día, si es con comida, o dos pesos bolivianos sin ella, Debe ganárselos. No podemos permitirnos otra cosa. Instálese sin problemas mientras lo piensa. La decisión es suya. Le dio la mano y le volvió la

espalda dirigiéndose a su aposento. El quedó bajo la mirada de las muchachas, que no terminaban de auscultarlo. Eran tan pocas las oportunidades de estar con alguien ajeno. A la cajita de terciopelo sólo le estaba permitido ponerle un anillo, si ello se daba, cosa que no siempre era posible.

Trabajó duro y solo tuvo un tenso reposo cuando hubo de acompañar al Capitán a San Javier, para reclamar al cacique dos mulas que le había robado la noche anterior. Cruzaron frente al destacamento saludando al Comandante **Alzugaray**, que le fue presentado; siguieron después andando por la misma calle que desembocaba en la iglesia. Hacia el sur, en el límite de la toldería, a unos doscientos metros, el pobre templo de adobes hablaba a las claras del poco éxito que tenían el cura y el militar, en su reiterado y vano intento por llevar la civilización a esos salvajes. Cómodos, se dejaban estar a la sombra de los pocos sauces y ceibos que crecían raquíticos, entre el tunal y las misérrimas chozas de paja y barro, receptoras ávidas de la prebenda oficial. La mejor, era la del cacique. Se hallaba a la derecha. Hacia ella se encaminaron sin preocupación aparente, casi con indiferencia. Como a los perros, era importante demostrar lo que se quería, no lo que sentían.

- Tenga el revólver a la vista de ellos con la mano en la empuñadura; no baje la mirada. Más, mire por encima de ellos, cuando estén en grupo. No al primero, a todos por encima, mire a los últimos, desorientará a los primeros si los desconoce. Se irán abriendo para darle paso hacia quien observa - instruyó William.

Así fueron pasando hasta llegar frente a la puerta del rancho.

- ¡La! - dijo William al cacique que se perfilaba en el vano de la misma, haciéndose sombra en los ojos con la mano.

- ¡Camí! - le contestó en su mocoví gutural, cerrando el saludo de bienvenida.

Desmontó con el fusil en la mano y lo apoyó en la pared interior del habitáculo que olía a perros.

- No permita que se acerquen al arma. Si es necesario, péguele un tiro en las piernas al que trate de hacerlo. Dejo el arma así en señal de paz. Pero no permita que se apoderen de la misma, bajo ninguna circunstancia. Ellos saben que el poder está en ella. Le temen y la quieren también, ¡a cualquier costa! - recalcó en inglés.

Asintió débilmente, quedando dos pasos detrás, en tensa vigilancia.

- Los suyos me han robado dos mulas y las quiero - expresó al jefe de la tribu.

- No - respondió el cacique enojado aparentemente - no siendo de acá. ¡Tal vez algunos retobaos del norte! - insistió

- Eran de aquí - afirmó William - les seguí el rastro ni bien clareó. El cacique empezó a moverse imperceptiblemente hacia la pared donde se apoyaba el Henry.

Charles, como quien no quiere la cosa, apoyó su mano en la empuñadura del revólver y colocó el índice sobre el gatillo. No fueron necesarias las palabras. El cacique los miró y furioso les dijo, señalando la puerta:

- ¡Aloquí!..., aloquí..!

Algunos salvajes se fueron acercando lentamente, como al descuido.

William tomó el arma y haciendo caso omiso del rechazo insistió:

- Quiero para mañana las mulas en mi casa o vendré con los otros por ellas y quienes me las robaron. Me cargaré a cualquiera que se me cruce o trate de impedirlo, así sea el propio Juan el Raí.

- ¡Aloquí! - dijo el cacique por tercera vez en mocoví. El "¡fuera !" ése ya sonaba a sus espaldas; al trote tranquilo se dirigieron nuevamente al destacamento. Quería enterar a **Alzugaray** de lo acontecido, para evitar las quejas ladinas de ese salvaje con grado militar que no desperdiciaba oportunidad para sacar ventaja de las autoridades. Requerían de sus servicios en todas las contiendas electorales, a cambio de yerba, azúcar y algunas potrancas para asar.

Cuando Charles se levantó al día siguiente, repuesto del susto, las mulas pacían tranquilamente en el pasto perlado de rocío que besaba la arena próxima al río, hacia donde se dirigió para lavar su sonriente asombro.

Dolly y Jimmy rebuznaron cuando se acercó, alejándose rápidamente al trote. Aún no se habían acostumbrado a su presencia.

CAPITULO XLII

EN QUERIENDO

- Perdóneme señor Mac Lean – expresaba el comprador de hacienda para el ejército - el precio que pide por la hacienda es demasiado elevado. Con el dinero que tenemos debemos llevar un determinado número de cabezas. Como le decía, es vitualla para las tropas en campaña. La calidad no importa a los de Intendencia, sino el número. Los milicos tienen buena dentadura.

- Lo lamento - respondió Alexander - No puedo regalar el ganado. Se ha criado con cuidados especiales, en campos de pastoreo de primera. No es por nada, pero su peso es óptimo para el tipo de novillo. Así que lo lamento. No sé si los Moore, o Miedán, o alguno de los otros puede atender el pedido de ustedes en tales condiciones. No lo creo. Ninguno de nosotros está apremiado, como para regalar excelente ganado para consumo, como si fueran reses para conserva. Lo embarcamos en Helvecia y tenemos buen precio en Santa Fe. Creo que uno de los despachos recientes, estaba destinado a Rosario. ¡Gordeau es inefable! - comentó al margen.

- Lástima - respondió el otro comprador que lo acompañaba - pagamos al contado - aclaró insistiendo.

- Aquí nadie paga de otra manera. Como no tenemos problemas económicos. Nuestro sistema de ayuda mutua, asegura el concurso de los demás en casos de apremio. No competimos entre nosotros. El precio es ése y tome o déjelo - dijo cordialmente, pero con firmeza - es un precio justo, para una calidad cierta.

- No hay dudas. Pero al Ejército no le interesa la calidad. Demandan cantidad y dejaría de ser negocio para nosotros llevarnos esta mercadería, aunque sirva para regodear la tropa con asados y pucheros excelentes.

- Bueno, nos veremos obligados a cruzar a La Paz. En Entre Ríos, si bien no hay ganado bueno, es bastante cerril, al menos conseguiremos lo que buscamos - agregó el otro.

Se dieron la mano. Una nube de polvo envolvió el trote que los llevaba al sur, en dirección a San Javier por la huella que se había transformado ya en el "camino a Alejandra".

Al día siguiente, los cadáveres de los infortunados compradores aparecieron flotando en el río San Javier, a medio comer por los yacarés, despojados de ropas, dinero y armas. La denuncia la habían formulado dos jóvenes mestizos, parias de la toltería y el fortín, que los encontraron cuando fueron a colocar sus trampas. Primer escalón de la marcha hacia carteras y zapatos. De nada valieron los apremios. Ellos aparentemente, nada tenían que ver con el asunto. Así que algo maltrechos, se perdieron hacia el norte de la población de San Javier, en dirección a su refugio sobre la costa del río, ya casi en Colonia California.

Alzugaray, comandante del fuerte del lugar, furioso por la suerte que corrieron sus huéspedes de la noche anterior llamó estentóreamente a su asistente:

- ¡Fernández, vení enseguida, carajo!

- ¡Presente mi comandante! ¡A sus órdenes! - respondió cuadrándose de un modo peculiar delante de su jefe. La furia del mismo, imprimía una dureza especial a su rostro.

- Decile a Gutiérrez que se prepare enseguida. Daremos una batida antes de que se nos escapen los malhechores. No quiero ni pensar en las consecuencias de este hecho. Estaban bajo mi protección en éste maldito pueblo, si es que puede llamársele así a esta periferia del infierno. Vamos, ¡rápido!

Mientras el otro se volvía con presteza, pensó en la inutilidad del esfuerzo de tantos años. De nada valieron las rogativas a las autoridades que encaminaran un grupo de inmigrantes para su radicación en el pueblo mismo. Su urbanización todavía estaba en el papel, sobre la mesa que le servía de escritorio. Con los salvajes y el cura a su diestra y la población blanca, o dudosa, del fortín, delincuentes o confinados políticos, ¿a quién interesaría venir a poner a prueba su pellejo? Pensó en los dos infortunados. También hacían patria.

- ¡Este pueblo está maldito, puta madre que lo parió! - exclamó fuerte, golpeando la mesa que le hacía de escritorio. Las paredes devolvieron el eco.

Había aceptado la comandancia y la judicatura de paz, pensando en el progreso que de seguro vendría con las ricas colonias que se instalaban en la zona. Pero el indio, el maldito indio, era un lastre que medraba en las sendas del pueblo. De nada valieron sus esfuerzos del cura Roberto para revertir esa situación. Los salvajes eran salvajes. No se avenían, ni a las letras, ni al catecismo. Solo con las promesas de azúcar, yerba y carne de yegua, el cacique aceptaba cierto juego, sin comprender

más allá del umbral las reglas. Se permitía el manejo gracioso de las voluntades bajo su mando. Pero de ahí no pasaba la cosa. Cuando los apuraban para reencaminarlos, se perdían en la isla, "de cacería", según declaraban después al regresar, porque la demanda cesaba, o había necesidad de caña.

- ¡Latagá de mierda!, - volvió a exclamar fuera de sí. Estos paicos sólo saben eso, chupar latagá paraguaya, bailar sus borracheras en ancas de alguna y robar. Ya aplacado, se preguntó "¿a quién no le agradaba esa dulzona caña de cuarenta y cuatro grados venida del Paraguay?"

Cruzaron la toltería sin saludar a nadie. En su camino se arrimaron algunas de las jóvenes que, cada tanto, les calentaban los cueros. Torcieron para la rinconada y la cruzaron hasta llegar al río San Javier en el sitio donde aparecieron los cadáveres, a unos seiscientos metros del poblado. Se habían enganchado en unos canutillos que crecían en el bajo, a la altura del timbó grande.

Se apearon antes. Despaciosamente leyendo el piso, fueron acercándose al lugar. Pisaban los pastos, para no agregar más huellas. Lentamente, muy lentamente, recorrieron la costa aguas arriba hasta llegar a la boca de "la laguna", un arroyito infame que desembocaba en una hoya. En él, apenas podían correr inquietas algunas "viejas del agua" sin riesgo de vararse. Los cachorros de salvaje las sacaban con la mano y gran algarabía, por sus reflejos saltarines en la arena. Gutiérrez iba adelante. Era el baquiano, el obligado rastreador oficial. Tenía de por vida destino en el lugar por una muerte allá en el sur de la provincia. Aprovechaba la pericia adquirida en sus correrías. Las víctimas de sus asaltos, quedaron detrás en el tiempo. Colaboraba con todo para pasarla bien en el confinamiento que le impusieron. No escatimaba su ayuda y era apreciada, como en este caso, por su natural capacidad para el rastreo.

- ¡Mire jefe! - dijo de pronto a viva voz, señalando huellas de pies descalzos y marcas paralelas en la arena húmeda - ¡aquí anduvo gente arrastrando algo hacia el agua! Su satisfacción le excedía la cara.

- ¡Bien carajo, ahí está el huevo, no lo pise! - gritó al viento su compañero.

Recorrieron los alrededores dentro de un vasto círculo. No tenían dudas. Las huellas eran profundas y venían desde el monte de sauces que bordeaba la laguna y retornaban livianas a la misma arboleda.

Hacia allí se dirigieron. Sin mucho esfuerzo encontraron manchas de sangre y señales de lucha, junto con algún efecto personal que quedó entre los pastos, como recuerdo del paso a mejor vida de los infortunados.

- Mire **Alzugaray** - dijo Fernández - ¡mire!, aquí está claro que uno de los pies, el derecho, tiene un dedo mocho.

- ¡Sonó el guacho! - respondió el invocado - ¡está tronado, ya sé quién es!

Después de recorrer varias veces el trayecto seguido por los asesinos, cansinamente se dirigieron a la toldería. A la vera del riacho en que terminaba la misma, una india lavaba unos despojos.

- La - le dijo el comandante.

- ¡Camí! - recibió como respuesta junto con la sonrisa. Era Rosa. Una hermosa india. Alguna vez le hubo ayudado a sortear la soledad, al principio de su aventura lugareña. Eso fue antes, mucho antes. El todavía estaba solo. Ella era más linda, mucho más linda entonces. Su sonrisa de nácar, aún le caldeaba los pelos del pecho, erizándolos.

- Decime, ¿dónde puedo encontrar a "Tené pan"?

- ¿A "Tené tantá"? - inquirió la india en su lengua, más insegura de dar el dato, que de haber entendido la pregunta. Se le borró la sonrisa.

- Sí, a él - respondió con firmeza Antonino.

Nada dijo ella. Los miró un instante en silencio y después señaló a uno de los muchos ranchos que misereaban entre el tunal. Hacia allí se dirigieron.

Salieron del mismo con un chico que los llevó a otro, y luego a otro y, recién en el tercero, sacaron a empujones a un par de mocovíes jóvenes maniatados, a los que obligaron a caminar delante de ellos, en dirección al fortín.

Hicieron un rodeo para evitar el grueso de la toldería. Apuraron el paso. Uno era sobrino del cacique. La preocupación pasó a ser cortes de cuchillo en la frente de **Alzugaray**.

- ¡Pucha ché, lo que faltaba! - dijo empujando al remiso para apurar el paso.

Puestos a buen recaudo los cautivos detrás de la empalizada, en el "cajón" de madera de quebracho que servía de celda, reunió la desarrapada tropa en el polvoriento "patio de armas". Dio las órdenes del día. Nadie saldría de allí por ninguna causa, excepto por orden suya. Había que evitar la toma de rehenes. Los muy ladinos ya andaban merodeando el lugar, tan a la vista que desde allí se los percibía dando vueltas en la distancia. El aire estaba electrizado. El cura había cerrado la puerta de la capilla y las

ventanas de su morada. Un pesado silencio fue tendiéndose sobre la localidad. Sólo algunos ladridos aislados, cruzaban presurosos el mediodía hacia la tarde, que en la distancia, se probaba los collares de bandurrias regalados por los esteros.

Al ver frustrada la posibilidad de conseguir prisioneros para canje, el cacique reunió su nutrida escolta en torno suyo. Comenzaron a deliberar.

- ¡Gutiérrez! - llamó **Alzugaray** después de charlar con un mestizo que le acercó unas empanadas y ciertas novedades.

- ¡Presente! - respondió éste, acercándose.

- Ensille el tostado. Salga a galope tendido hasta la casa del capitán Moore y dígame que se prepare, por favor, para darnos una mano en la estacada ¡Creo que la chancha se va a poner que no es de andar! El subordinado apresuró a cumplir con su cometido.

Mientras, cabizbajos, los integrantes de esa peculiar tropa afilaban sus cuchillos y sus lanzas. Tres, los afortunados, evitarían el "cuerpo a cuerpo"; limpiaban las únicas armas de fuego con que contaba el destacamento, salvo el revólver del comandante.

CAPITULO XLIV

BAJO EL CUERO DE OVEJA

El jinete arribó sudoroso a la cerca que delimitaba la casa.

- ¡Señor Moore!, ¡señor Moore!, gritaba fuerte.

Precipitadamente salió Jeff a su encuentro.

- ¿Qué pasa don Gutiérrez? ¡Dígame de una vez qué ocurre!

- ¡Los indios, se están alzando! Han sitiado el fortín. Reclaman la libertad de los asesinos de los compradores de hacienda ¡Vengo a pedir la ayuda de ustedes! - respondió el fatigado emisario.

Jeff, prestamente alistó el caballo después de escuchar el pormenorizado relato de los hechos y la rogatoria del Comandante **Alzugaray**. Partió raudo en busca de su padre que estaba en los confines del monte cercano. Andaba detrás de una ternera extraviada.

Luego de relatarle lo acontecido, ambos partieron en distintas direcciones para reunir la ayuda necesaria de los restantes colonos de las proximidades.

Otro jinete, uno de los menores de Mounts, con el hijo de Miedan, fue enviado a recabar el concurso de los galeses, por si las moscas... Los padres de ambos, James y Antonio, cabalgaron hacia la alta casa roja para reunirse con sus pares en procura de San Javier. Iban precedidos por Gutiérrez que ansioso, auscultaba la distancia tratando de ver más allá de lo que le daban los ojos. Imaginaba los hechos que tantas veces pasaron por su cabeza, producto del cotidiano contacto con aquellos brutos, comedores de yacaré. Le dolía en su alma la postura complaciente de los grupos de poder. Toleraban ese estado de cosas que servía a sus mezquinos intereses. En su mediano entendimiento, de hombre de llanura abierta, de espíritu práctico y libre, tenía la convicción de que algo se estaba gestando. Que los indios estaban más nerviosos que de costumbre. Sus depredaciones habían aumentado y, en vez de mandarlos a Martín García, retornaban al poco tiempo en un gracioso paseo de rebote a Santa Fe, después de un cómico proceso, donde superabundaba la falta de pruebas, según aquella lujuriosa verborragia catedrática, aunque fueren convictos y confesos. Bueno, a veces, los palos iban de yapa... Esta vez la copa fue colmada en la persona del sobrino del cacique.

Cabalgaban duro hacia la pared de quebracho que demarcaba los lindes del feudo oficial. Los portones del fortín se abrieron para permitir el ingreso de la columna armada, al galope, con él y Moore a la cabeza.

Los rifles brillaban intermitentemente. Sofrenaron el paso en el centro del patio, levantando una columna de polvo que los borró por un momento, hasta ser barrida por el viento que soplaba de la costa.

- ¡Gracias, capitán! - dijo **Alzugaray**, adelantándose para dar la mano a los integrantes del grupo.

Pasado un rato, se escucharon unos gritos desafiantes. Pensaron en algún paico borracho. Pero pronto por la intensidad y claridad de la voz, se percataron que no era así.

- “Mur, gringo lagron” - escuchaban claramente – “teniendo miedo a indio Pancho. Escondiendo cobarde con la polecía” - y seguían otros epítetos intraducibles, mezcla de mocoví y español, con dura entonación

salvaje, pero no por ello menos efectivos. Al principio se miraron unos a otros sonrientes, luego, algo extrañados por su persistencia y constante invocación a Moore.

Los retos a duelo llegaban claro a través de la cerca. Al final William tomó su fusil, hizo abrir la entrada y salió a perseguir el bocón que, volviendo grupas, efectuó un ademán obsceno y se dio a la fuga por el descampado.

Consumados unos trancos, un par de jinetes parecían haberse desprendidos del fuerte detrás del capitán. Este miró por sobre su hombro y vio las dos figuras con sus sacos grises y sus gorras de fajina. Continuó el galope.

Thomas, que observaba la escena, comprendió enseguida la jugada. Eran dos indios disfrazados de milico que le iban a la zaga. Entre los tres, le habían tendido una emboscada aprovechando la crisis. Tal vez, o mejor casi seguro, con la complicidad del cacique que, desde fuera del perímetro de su hueste, observaba complacido la escena.

- ¡Son indios! ¡Son indios, papá! - gritaba Thomas tratando de alertar a su padre. No se atrevían a disparar por temor de herir al jinete que iba al medio de la polvorienta comitiva.

En un momento dado, ya casi al borde de la desesperación, gritó de nuevo con todas las fuerzas de sus pulmones. Algo entrevió el jinete, sofrenó un poco la cabalgadura y, al mirar por encima del hombro nuevamente, vio brillar los ojos ladinos de un par de mocovíes que aprestaban sus lanzas detrás. Sin parar, giró en la grupa y los derribó de sendos disparos. Un reguero de sangre se marcó en el polvo gris del terreno. Moore, ya pleno de la jugada que le habían hecho, se encaminó hacia el grupo que rodeaba al jefe de la tribu, se detuvo a unos veinte metros, lo miró y le dio la espalda con desprecio, regresando al tranco cansino, como burlándose.

Durante la mañana siguiente, regresaron a sus labores normales, satisfechos de haber dado una mano a **Alzugaray**.

- ¡Notable hombre! - exclamó William a su sombra, pensando que, sin medios y a fuerza de coraje, trataba de mantener la paz y el orden en el lugar.

Un día más transcurrió en la densa, aunque no escrita agenda de esos valientes del Pájaro Blanco. El sol los encontró labrando a pleno la

tierra que iban poseyendo con sudor. Y a los días, sucedían las correrías y a éstas, otros días. La presión aumentaba, como si la voluntad guerrera de sus oponentes fuere creciendo con cada victoria de los castigados colonos que, mucho o poco, veían disminuir el fruto de su labor. Alguna vida, alguna hacienda iba quedando detrás jalonando la senda.

No faltaron quienes desistían. Acobardados, vendían o arrendaban sus tierras y partían hacia Alejandra, o regresaban a Europa, agobiados por el fracaso.

Thomas se hallaba recién repuesto de una rodada que dio, cuando en una de las tantas refriegas recibió en la cabeza un golpe de boleadora que tiró su humanidad al suelo. Pudo salvarse gracias al certero disparo efectuado por su padre, cuando lo iban a despenar con la chuza. Era el acompañante principal de él en esas imprevistas y agitadas correrías. Will los había dejado. Se desempeñaba como segundo capataz de Thompson, Bonar and Co. en Alejandra.

Fue David Morgan quien hubo de convencerlo de aquel empleo, en sus cada vez más frecuentes visitas a los Mac Lean. La cadena sonriente se fue haciendo de plata, para convertirse en oro con el tiempo, por esa extraña propiedad filosofal de los sentimientos.

Cuantas veces, en sus baños en el río durante la siesta o a la mañana muy temprano, el galés entregaba su mensaje silencioso a los camalotes, para que lo llevaran aguas abajo hasta el recodo donde ella lavaba sus pies.

El secreto a voces se hizo compromiso firme. Regularmente, una vez cada quince días, el ansioso jinete galés arribaba a Colonia California desde Alejandra, trabajando la plata de sus sueños. Ese eslabón de la humana cadena que prendida a los años, traía cálidos hálitos desde el fondo de los tiempos.

También partió Thomas, contratado para trabajar en el almacén que se hubo organizado. Fueron desprendiéndose los frutos del añoso árbol, para continuar por sí, cada cual la senda escogida, tocada en suerte o impuesta, que la vida, con esa particular maestría, concretaba a su manera en aquel amplio recinto natural, en el límite donde la civilización en su terco avance ponía a prueba la capacidad para llevar adelante su mandato. Para aguantar tanto placer y dolor. La oscura figura del reciente fuerte emplazado en el límite norte de Colonia Galesa en la nueva línea de frontera interior, bautizado "Higueritas", se recortaba contra un horizonte bandurrial.

CAITULO XLVIII

EL DURO CHACO

Comenzaba Julio. La columna de veinticinco hombres se desplazaba con cierta comodidad cuando la lectura del rastro lo permitía. A veces, había que desmontar y, desplegados en abanico, seguir a pie buscando la señal interrumpida por los pastos, o el viento en los arenales. Para suerte, no había llovido desde la última incursión. Resultaba factible seguir la zigzagueante huella entre montes y lagunas.

La mano en alto de uno de los integrantes y el índice hacia adelante, fue el imperativo de desmontar y avanzar a hurtadillas hacia el lugar indicado. Cuatro, señalaban los dedos de la mano otra vez desplegada. Moore asintió. Con un grupo fue rodeando el lugar. El viento era noroeste y los favorecía. De no haber sido así, su olor blanco los hubiese delatado hacía rato. La persecución a galope tendido se habría generado.

Pero no, apacibles, montados en caballos que, por señas Kauffmann indicada provenían de la colonia Mal Abrigo, los cuatro indios observaban como sus cabalgaduras bebían del arroyo El Toba. Uno de ellos, levantó la cabeza y venteó, tal vez se percató del característico olor a tabaco fuerte. La descarga cerrada dio cuenta de los jinetes. El último en irse, al pretender ser interrogado, escupió en la cara a su interlocutor y lanzó una risa salvaje. Como si el espíritu del monte se hubiese liberado con esa suerte de furioso rugido final hecho carcajada.

Varios días de marcha les llevó alcanzar la Comandancia del capitán Córdoba, en la propia línea oficial fronteriza, trazada en los papeles y mantenida con esos pocos alfileres. Con gran alivio vieron venir hacia ellos los reflejos marrones de la palizada que la protegía. Como bañados en sangre, los postes de quebracho enrojecían aún más con el sol de la mañana.

Ni bien ingresaron fueron rodeados por la dotación, unos trescientos hombres, de a pié, en ese inmenso mar de pastos duros y vientos. Semejaban aparecidos, en esa vastedad.

- Pase, pase Capitán – invitó el oficial Rasero a Moore, mientras franqueaba el acceso al precario recinto de adobe y paja que servía al

comando. Los restantes hombres, eran objeto de atención por parte de los ansiosos espectros del castro que, por fin, rompían su aislamiento con cristianos. Su presencia, blanqueó la mañana.

La conversación fue directamente al grano. El objeto de la operación y la necesidad de que el destacamento brindara ayuda.

- No van a tardar en aparecer los bomberos. Por favor, no deje que traspongan la puerta mientras estemos aquí. Prevenga a sus hombres que cierren la boca cuando nos vayamos - insistió Moore.

- ¡Se hará, pierda cuidado! - aseveró aquél - aunque no sé los resultados. Creo que de nada valdrá la previsión. De seguro, esta noche enviarán algunas mujeres a la tropa. Pero no, no permitiré que nadie entre, ni salga, bajo ninguna circunstancia. Muchos tendrán que frenar sus ansias de placer o comercio por un día - recalcó el descarnado oficial.

- Que lo hagan. Cuanto menos sepan de nuestros planes y capacidad, mejor. Nos jugamos el pellejo en ello. Han probado que son diestros en las escaramuzas - agregó Moore.

- Con ustedes irá Gómez, el oficial, y dos guías. Aunque éstos son superfluos. La impunidad los llevó a arriar en bloque el ganado robado en la correría. Dejaron una rastrillada de más de cien varas de ancho. Se sienten tan seguros en la frontera que, a veces, siento ganas de plantar todo esto e irme de peón a alguna estancia del sur. Si no fuera por mi familia y la promesa de algunas miserables tierras, que me permitan agarrar el futuro no por la cola, hubiera echado al carajo todo, envuelto con las promesas de los políticos y los discursos que nos endilgan quienes usufructúan del escalafón, lejos de las soledades, del viento norte y estos salados pastos duros.

- La soldada congenia con los indios, ¿verdad? - preguntó Moore.

-No, no congenia. Convive y trafica con ellos ni bien puede agenciarse de alguna chafalonía que interese al salvaje. Reciben plumas, cueros y piernas jóvenes, ¡de cuando en cuando! - respondió el interrogado, con una risa suspicaz ¿Qué quiere usted, con lo que les pagan y les exigimos? La semana pasada salieron montados de a dos tras una partida que nos había robado caballos ¡Así está la cosa aquí!

- ¡Vaya!, esta noche se incrementará la oferta. La información pasa a constituirse en la mejor de las mercaderías en toda campaña. Lo aprendí en mis tierras y me costó dolor hacerlo. Por eso, ponga coto a los contactos, por fugaces e inocentes que parezcan - insistió.

- Quede tranquilo, mi amigo. No pasará nada.

- Me alegraré por ello. Mañana temprano partimos. Dígale al oficial que se prepare. Quiero poner la mayor distancia posible entre el fortín y nosotros. No sólo hay mala agua y pastos magros aquí, como dije.

- Así es. No sé a quién diablos se le ocurrió instalarnos en este lugar. A pocas leguas hay aguada y pastos tiernos. Los indios pasan por ahí. Pero nos han dejado solo la polenta para nosotros ¡Como si el churrasco estuviese destinado al salvaje solamente! No, si es como le comenté, ¡con los de la capital, no se puede! ¡No señor! ¿Por qué no me habré hecho político?

- Le habrán faltado padrinos - comentó Moore ácidamente.

La marcha se fue endureciendo. Encontraban agua en los pozos de los indios, que a veces había que profundizar y, las más, que desechar por su salobridad. El medio jugaba en contra. La corrida a los yuyos se había convertido en moneda corriente, debilitándolos.

Después de un día y medio de marcha hallaron una toldería desierta. ¡Los muy malditos estaban ya sobre aviso! ¡De seguro, los chasquis les llevaban la delantera!

Otras dos tolderías fueron prueba de ello.

Los caballos exhaustos no daban más. Solo la fuerte determinación de los hombres, mantenía el ritmo de marcha impuesto.

Las conversaciones decayeron. Por las noches tuvieron que obligarse a no encender fuego para no llamar la atención. Tal era el cansancio que, las guardias establecidas, se tornaron inseguras. Lo mejor fue borrarse entre los arbustos y esperar las horas del amanecer para respirar nuevamente con la tranquilidad y sorpresa de saberse vivos en un nuevo día. Los supuestos baqueanos fueron dejados en la retaguardia con orden de regresar. No servían para nada, excepto para estorbar.

Sager se había adelantado para gatear un ciervo. Su carne era reclamada por las tripas vacías, cansadas de la restringida dieta de tasajo y galleta dura de la última semana. Unos ladridos dudosos lo detuvieron en seco. Prestaron atención. Sin dudas eran ladridos y venían de la derecha.

Se volvió despacio. Con un gesto impuso silencio a los pocos dicharacheros rezagados. Ahuecó la mano sobre la oreja y les señaló así, la dirección del sonido. El alerta cundió. A todos llegó el eco de los ladridos

roto por el sisear del viento en los pastos, que se inclinaban sumisos y arañaban la piel en los sitios de barba rala.

El amplio ademán de Moore los distribuyó en semicírculo. Avanzaron gateando, aprovechando el abrigo de la vegetación arbustiva.

Allí estaban. Columnas de humo se elevaban de la precaria ranchería.

Una india salió por el hueco de entrada y atisbó al colono que se desplazaba subrepticamente hacia el bendito. Dio la alarma con un grito agudo. Fue lo último que hizo en este mundo. Los alaridos, la confusión y los disparos, se enredaban y tropezaban en la nube de polvo que se desató, como si el fragor de la batalla hubiese movilizó hasta el piso, que batía su parche.

El silencio se hizo cuando los que pudieron hacerlo, alcanzaron el monte próximo. Quedó el tendal en el camino.

- ¡Capitán, capitán! - gritó Kauffmann - venga aquí, ¡mire! - dijo señalando un cuerpo derribado, cubierto a medias por un poncho multicolor, manchado de sangre. Era un indio rico y como presumía, se trataba del cacique.. Era el cacique José Domingo, uno de los capitanejos del Inglés, o de Juan el Raí, ¿y por qué no de Juan Podestá, aunque ellos no lo sabían?

No pudieron hallar los niños cautivos, aunque sí una buena cantidad de reses y equinos. Las pruebas acumuladas eran suficientes para asegurar que se había dado con el grupo que asolará la colonia.

Siguieron buscando. En uno de los cuerpos encontraron los botones que pertenecieran al oficial del fortín, abatido cuando participaba de una partida destinada a conseguir sustento.

Reunidos en torno del fuego, encendido para dar cuenta de una ternera que permitieron ofrendarse, pasaron revista a lo acontecido, lamentando no haber encontrado a los jóvenes, principal objeto de la excursión. Era evidente que habían sido puestos monte adentro, a buen recaudo.

- Fíjense ustedes - decía Sager, a la sazón con la palabra - no solo la cantidad de ganado es significativa, varios cientos de cabezas, sino de yerba, café, azúcar, utensilios de cocina. Nos dice sin lugar a dudas que estos montaraces están no solo en buenas relaciones con los grupos supuestamente reducidos; sino también en directo contacto con otras personas interesadas. ¿Para quién tanto ganado?

- No podemos hablar de blancos matreros. Tenemos que pensar en algún comerciante marginal, tal vez de Corrientes. Hace mucho que se habla de ello. Lo denunció el Coronel Obligado en su informe al gobierno - acotó Sager.

- Y algún otro - se oyó.

- Cosas extrañas ocurren en estas tierras. Las reses son dinero, no tienen marca, van a dar a manos de quienes mejor juegan, o cuentan con mayor poder para hacerlo - respondió Valdez al voleo.

- El indio es traído y llevado en pos de esos intereses espurios - comentó Kauffmann. Los usan. Son carne de cañón.

- Pero saca su ventaja. Pequeña, mezquina para nosotros, pero importante para ellos. Se alían con el poder. El real, no el nominal. Ya me lo dijo **Alzugaray**. Hay estancieros grandes que más valdría que estuviesen en el infierno. No en estas tierras a las que transforman en él - agregó Moore, gustando por fin de un caliente bocado. El jugo de la carne formó un hilo que corrió por las comisuras, goteando el pantalón. El hambre y el relajamiento borran las prevenciones sociales. Solo el revólver y la lanza dictaban sus convenciones en la emergencia, tenían la palabra.

Antes de partir revisaron el lugar. Desabrocharon las precarias prendas cerradas con falanges humanas que hacían de botones, para ver que no escondieran nada orientador de aquel enlace misterioso entrevisto.

La dura carne musculosa, comenzaba a tomar la rigidez de la muerte, cuando emprendieron el regreso, imposibilitados de continuar por hallarse en el límite de fuerzas y con el parque reducido.

En el camino se toparon, como a tres días de marcha, con un indio herido que aún sostenía su capacidad de lucha. El tiro de boleadoras que disparó al que se le acercó, fue prueba de ello. Eran duros a lo tigre y como tales se batían, salvajemente. Cuatro tiros en el cuerpo fueron necesarios para aplacar su ímpetu. Nadie se atrevió a dispararle a esa orgullosa cabeza. Con la mano en el sombrero, casi respetuosamente, despidieron a ese valiente adversario. Detrás, la figura de ellos se fue borrando de la retina de los charcos.

Otra nueva marcha en procura del límite, con otra esperanza desatada que mantenía los nervios en tensión y el alerta plena.

Los siete jinetes cabalgaban trabajosamente, procurando abrirse camino hacia Colonia Alejandra.

Las ruedas del carro, con las provisiones y elementos necesarios para la expedición, se hundían en ese barro de chocolate obligando a realizar un esfuerzo adicional a las bestias de tiro, que pujaban denodadamente por avanzar al grito de aliento de los humanos, que maldecían ese frío y la lluvia inclemente.

La terquedad más que asnal de Jimmy y Pete, ahora encabezando la reata, lograba a duras penas hacer dar vueltas las ruedas sobrecargadas.

La nube del aliento se diluía rápidamente frente a sus rostros. El viento del sur, castigaba las espaldas. La tarde se volvía cada vez más gris. Parecía que la lluvia hubiere borrado toda posibilidad de cambio, instalándose permanente en ese ambiente lustroso de barro y verde sucio, agitado por el sur que no dejaba de soplar.

El olor a humo de leña renovó las esperanzas. La proximidad de la presencia humana brindó el alivio salvador.

- ¡Arre, arre! - Era el único sonido que pujaba contra los elementos hostiles desatados implacables a poco de salir de California; casi como un presagio que arrancaba de cuajo cualquier pensamiento ajeno a la borrosa senda serpenteante entre las plantas espinosas que dificultaban la marcha, introduciendo su cuña de temor. El inseguro trazo que sugería el camino habitual, se había perdido debajo de la superficie acerada de los charcos que disputaban su territorio a los pastos nerviosos.

La casa de Henriette ya se sugería en la distancia, en dirección al humo roto en hilachas. Hacia allá se encaminaron, forzando el andar tras esas hebras grises con latigazos chasqueantes sobre la cabeza de las bestias agotadas. Solo la lluvia y el viento tenían la palabra, entre grito y grito.

Desmontaron y con el brazo levantado respondieron al saludo de los que aguardaban en la galería. Obedeciendo la seña de uno de ellos, se dirigieron al galpón, donde liberaron las cabalgaduras de sus arneses y las dejaron en manos de los peones que habrían de brindarle atención. Recién entonces corrieron hacia la casa para recibir los abrazos y apretones de manos de sus ocupantes, conforme la confianza y el sexo de los mismos. El olor a café recién hecho, empujó a ingresar rápidamente al recinto caldeado que generoso, los aguardaba en torno de una mesa servida.

- ¡Lindo día han elegido! - dijo Vernet, que se hallaba de visita.

- ¡Cierto, mejor imposible! - respondió Moore con sarcasmo - No nos quedaba más remedio que emprender la marcha. Los caballos y las provisiones enviadas por el gobierno para la nueva expedición contra los montaraces, están en Alejandra, pasaron antes de ayer. En Romang nos aguardan a partir de hoy y el temor de que, por esas cosas de siempre, la voluble política local nos obligara a cambiar de planes una vez dispuesto todo, en esta época favorable por la falta de obligaciones en la chacra de cada uno, nos empujó a no esperar el cambio de tiempo. La sudestada puede durar unos cuantos días.

- ¡Vaya uno a saberlo! - le respondió su interlocutor.

El caer de la tarde siguiente trajo consigo el arribo a Colonia Alejandra. El tiempo aflojó un poco la presión, aunque persistía una fina llovizna intermitente.

Repetido el rito del desenganche de los animales, ingresaron al amplio local de la administración, donde los esperaban los otros voluntarios del lugar, prestos a incorporarse. Mientras ellos descansaban, cargaron la carne salada en los carros y el resto de la vitualla, para permitir la partida a la mañana siguiente bien temprano. A la luz de las lámparas, el brillo metálico de los winchester recién lubricados, hería los ojos con tono salvaje, dando confianza en la empresa por el poder que prestaban. Nadie discutía su preeminencia.

La charla poniendo al día la entrecortada información que recorría esporádicamente la zona sobre las andanzas del Inglés y su séquito de capitanejos, hubo de dar temprano lugar al silencio para el descanso obligado.

Como multiplicados por la lluvia, hacia el norte partieron veinticuatro jinetes y once carros. Apenas se distinguían en la brumosa oscuridad de la madrugada. Sólo al este, la rojiza herida de la mañana se abría tenue para ir describiéndose lentamente. Era el polo que atraía los ojos somnolientos de hombres y animales, fundidos en una masa nerviosa que se desplazaba a buen paso, por el monte que había cedido su reinado a la llanura abierta, con isletas aisladas. El río corría manso, flaco, casi a la vista.

Mientras ellos torcían hacia la izquierda para dirigirse a lo de Sager, sitio de reunión, un grupo de cinco hombres se apartó en dirección contraria, hacia la otra parte del Malabrigo, para avisar de su presencia a los

otros expedicionarios, que constituían el resto de las fuerzas, con los útiles aprestados.

Ya reunidos en el patio de la estancia de Sager, a golpes de palma y gritos se fueron desenredando las ruedas de mate y café, para cercar la figura convocante que con clara voz, fue pasando revista. No faltó nadie a la cita.

Por turno, cada uno firmó la conformidad en un acta para que Moore asumiera la comandancia del grupo, tras lo cual, se procedió al sorteo de los caballos entregados por el gobierno, de ese modo, la mayoría se vio liberada de correr con su aporte personal para la aventura.

- Somos cuarenta - les decía cerrando la reunión - nos dividiremos en grupos de ocho personas, al mando de Sager, Kauffmann, Henriet, Grobet y mío. Cada uno de nosotros designará un segundo que lo relevará en caso necesario. De igual modo la vitualla y el parque será dividido en partes iguales. No llevamos oficial de intendencia, así que cada grupo hará frente a sus necesidades por cuenta propia, durante toda la campaña. Que nadie se haga el distraído. Las órdenes serán cumplidas sin excepciones. El que así no lo haga, será pasible de expulsión del grupo. Deberá retornar por sí y sin otros efectos que los suyos. No es fácil la tarea. Cuento con ustedes, hombres bien hombres. Confío en el éxito. Gracias por la ayuda. Daremos al salvaje el escarmiento necesario, conforme lo requiriera el gobierno y comprometiéramos hacerlo, El objetivo real, no declarado, es tratar de rescatar de los montaraces, a los dos pequeños holandeses raptados en junio pasado, cuando el ataque a esta Colonia.

El murmullo que recorrió el grupo se acalló cuando Sager impuso silencio, con gestos elocuentes.

- No perdamos tiempo, la vaquilla carneada está en el asador, demos buena cuenta de ella y del vino refrescado en el pozo. Por unos cuantos días, ¡sólo el charque regalará nuestro paladar! - sin esperar respuesta, con un trazo hábil, desprendió una costilla larga cubierta de jugosa carne que le humedeció el bigote al masticar con deleite. Así empezó el banquete de despedida del día y de la civilización. Detrás quedaría la línea ficticia duramente peleada por Obligado.

Los empujones y gritos dieron por tierra con los últimos ronquidos. Con la madrugada, la actividad se enseñoreó nuevamente del grupo. Los aprestos tuvieron que ajustarse para iniciar el desprendimiento hacia el Gran Chaco, esa bestia verde, a veces mansa, a veces fiera, pero adversario digno de tales hombres decididos. Los comestibles,

condicionados en sacos de cuero de carpincho, se balanceaban en cada costado de las once mulas que soportaban su transporte.

A poco, la nueva frontera norte fue transpuesta, ociosos, los carros quedaron atrás. La marcha se adueñó de las personas imprimiéndole su ritmo. Pocas chanzas y palabras cruzaban el contingente.

No eran más de las once del día siguiente cuando vieron venir de la retaguardia, cuatro veloces jinetes que iban creciendo a medida que se acercaban.

Se detuvieron a esperarlos. La certeza de una contraorden gubernamental, generó más de un gesto de fastidio.

- ¡Voilà! - exclamó el blanco que abría la marcha, seguido de los otros tres.

- Un francés - exclamó Stirnemann sorprendido.

- Bonjour monsieur le capitain - dijo aquél confirmando la aseveración. Después, en un español nasal, logró explicar - Soy el ingeniero Andrieux. Vengo por Colonia La Vanguardia, me envía Vattray para integrar la partida. Aquí traigo una carta de él para usted, Capitain.

Éste recibió la misma y la leyó, luego se dirigió a los acompañantes del extraño personaje.

- ¿Frutos? - inquirió a un criollo bien plantado.

- ¡Sí señor, a sus órdenes!

- ¿Cabral?

- ¡Ajá! - dijo uno de los indios.

- ¿Gómez?

- Sí - respondió el otro.

- Bueno, en marcha, no perdamos tiempo. Grobet los irá instruyendo sobre el camino de nuestros planes y propósitos.

A poco de andar, los dos indios fueron naturalmente quedando a la retaguardia. Entonces Moore se acercó al francés y lo interrogó:

- ¿Por qué los indios?

-No tema - le respondió - son de confianza, Hace tiempo que trabajan en la colonia con Vattry. Conocen esta zona, son del Rey. Se criaron aquí. Pueden ser muy útiles.

- ¡Como también lo contrario! Le aseguro que ante la primera insinuación rara, me haré cargo de ellos. No podemos correr riesgos. Los acepto para evitar que se vayan y difundan por el lugar nuestra presencia e intenciones. De no ser por eso, se los devolvería al amigo Vattry, ¡con envoltura y moño! - diciendo esto, comenzó un galope que lo alejó en dirección a la avanzada, sin esperar respuesta.

CAPITULO LII

PELEANDO EL NORTE

La Jefatura de la 2da. línea de Frontera, ahora a cargo del coronel Bedoya, envía en Octubre a los caciques José Manuel y José Miguel para que traten de lograr la reducción de las tribus de alzados que quedaron vagando por la retaguardia. Ello, sin perjuicio de otras acciones efectivas emprendidas, pese a las cuales se ven comprometidas en acciones violentas en Los Tres Pozos y en Las Ovejas, parajes situados frente a Goya, al Este de Reconquista, en los que murió un soldado del Regimiento 12.

Las reacciones prosiguieron con batidas al interior del Chaco durante los cinco primeros meses de 1883. En Mayo se mataron 16 indios de tolderías tobas y las fuerzas del teniente Aguilar consiguen dispersar la tribu que atacó a las colonias de la zona en Abril, sin lograr batir a “el Raí”.

Las acciones se intensifican y el Coronel Obligado participa de una expedición organizada conjuntamente con tropas al mando del Coronel Francisco B. Bosch, que por varios meses “peinan” todo el límite interior desde el Paraná hasta Santiago del Estero con resultados diversos y hasta de carácter también científico. Uno de los objetivos principales no se cumple: reencontrar el Mesón de Fierro, Meteorita, Fierro del Tucumán o Fierro Meteorico como se llamó a ese regalo del cielo por más de un siglo cautivó hasta a los españoles de la corona. Dicha acción permitió un

exhaustivo relevamiento de la extensa región aledaña a la línea, denominada “Campo del Cielo” por aquel bombardeo celeste, donde se refugiaban las tribus del Cacique Inglés, conocido entre los indios como Juan el Raí, hijo adoptivo de Nailalarerí y hermano “de crianza bélica” de Niguiliquí (lo adoptó a la muerte de ese hijo) y de Naiguinquí. De su fiereza y capacidad hablan quienes de él dependían, no menos célebres: Huagrenak, Niño Dios, Petizo, Antonio, Canciano, Domingo Fasical, Huantolí, Josholek, José Grau, Juan Antonio, Juan José, Lasicorí, Manuel Antonio (hermano de Mariano, reducido), Llajnorí, Aischí, Dialrochí, Dapilrochí, Dóleo (santiagueño), Hualoraichí, Laisí (a) Pognarí, Liprochí, Nalaserí, Navalarí, Pananichí, Pianrachí, Sanrai, Sonatquí, Tenererí, Tesorí, Tochirí; así como Sinatquí (a) Cambá, con sus dependientes: Agustín, Chirichí, Chokoirí, Kaninrochí, Kenochí, Koquiní, Lanroquí, Legmatraitquí, Malaseurí, Marraik, Megueraní, Natrairí, Neguenerí, Nogoirí, Palkarí, Pananquí, Panogrí, Pelaiquí, Saneray, Schiglalerí, Schilerlí, Schiloirí, Sictorí, Sigrinquí, , Tanukchí, Tasarchí, Taskay, Tesoiquí, Tetrochí, Tiktaloí y también mentados Dameguesorochí, Taloquí y Kapetaiquí, que actuaban por su cuenta.

¡Buena madera para mantener el fuego encendido! Caciques todos que disponen de muchas lanzas, armamento diverso y nutrida chusma. Debido a la presión que sufren, van lentamente replegando hacia el Bermejo sus respectivos asientos, a paso acelerado, sin por ello dejar de batir la fuente de sus recursos: obrajes y colonias del Gran Chaco, demostrando una notable capacidad de movilización en grupos aislados.

Los vecinos de Colonia Romang y Malabrigo rememorando sus campañas de 1875 con los norteamericanos y colonos de Alejandra, organizan una batida al Chaco bajo la conducción de Samuel Sager y un hijo del Dr. Romang en procura de cincuenta caballos robados. La crónica relató que unos vecinos de las colonias de Romang y Malabrigo, de Santa Fe, en número de treinta y tantos, capitaneados por don Samuel Sager y un hijo del Dr. Romang, hicieron una expedición al Chaco, persiguiendo a unos indios que se habían robado unos cincuenta caballos. A unas sesenta leguas próximamente del punto de partida, avanzaron una toldería con un éxito completo, matando en la refriega como 35 indios, aprendiendo 15 de chusma, los que fueron conducidos a Santa Fe por sus valientes vencedores. Una vez más los vecinos de esas colonias han dado un buen golpe a los salvajes, haciendo la política del desierto.

Un telegrama oficial del coronel Obligado desde Goya, da cuenta de que una partida de fuerzas nacionales salida de la colonia Malabrigo ha operado con éxito sobre los indios, tomándole alguna chusma y caballos. Los prisioneros insisten en que los tobas le han declarado la guerra y es

por eso que han tenido que acercarse a las líneas nacionales. El Coronel Obligado ofrece a los tobas, que se reduzcan. Una partida del regimiento 12 de Caballería opera también al norte de Las Chuñas.

¡No todos son indios! Corriendo Marzo de 1884 en la Colonia Ocampo frente a Bella Vista, tuvo lugar otro asesinato alevoso de un súbdito francés. Este desgraciado con unos cuantos años de residencia en la colonia y tras haberse labrado una modesta posición a fuerza de trabajos y economías, resolvió volverse a su país con los ahorros que ha hecho, para eso tuvo que vender sus bienes. El día en que lo hizo y recibió el importe de ellos, por la noche se presentaron en la casa unos individuos y pidieron un jarro de agua, al pasárselo, uno le asestó al desgraciado francés unas puñaladas que dieron con él en tierra. A sus quejidos y voces de auxilio acudió la esposa con un revólver e hizo fuego sobre los asesinos consiguiendo ponerlos en precipitada fuga. El desgraciado francés murió a los tres días a consecuencia de las heridas, pero la viuda debido a su arrojo, si bien no pudo salvar la vida de su marido, salvó al menos sus pesitos. Así lo comentó ácidamente Vélez en su diario.

En el pueblo de Santa Rosa hubo una lucha sangrienta entre el Juez de Paz y el Comisario Gral. con soldados de ambos bandos, quedando en el campo tres muertos y un herido. El Juez de Paz, Reyes Romero, fue asesinado a puñaladas.

En el ínterin, los caciques Pichón y Carayá son llevados a Buenos Aires por el señor Cominges. Han sido amigablemente tratados por el Gobierno Nacional. El Presidente de la República, deseoso de ver el Chaco pacíficamente conquistado, adoptó una política amistosa, disponiendo que a los referidos caciques se les extienda un salvoconducto y se dé a cada uno de ellos \$ 100.- m/n. En consecuencia el Ministro de la Guerra les dio un salvoconducto para que ninguna autoridad del Chaco los moleste, entregándoles los \$ 100.- en monedas de plata. Los indios regresaron contentísimos a sus polvorientas moradas.

Por telegrama del coronel Obligado fechado en Goya se supo que el portaestandarte Pedro Burgos, del Regimiento 12 de Caballería de Línea, ha batido una partida de 20 indios que intentaron penetrar la línea, matando a un indio e hiriendo a dos que murieron al ser transportados. Se sacrificaron dos caballos de los indios y se les tomaron tres ensillados. En el bolsillo del tirador de uno de los muertos se encontró un documento que comprueba sus relaciones con un comerciante de Corrientes.

Entre acciones y reacciones la línea avanza con su paso implacable hacia el norte y Córdoba, Santa Fe y Santiago del Estero ven cada vez más baja la tormenta sobre ese horizonte caliente.

Las reuniones nocturnas se fueron sucediendo. Ora en lo de Mac Lean, ora en lo de Moore, Grobet, o Vernet. El tema obligado era la dura situación y la necesidad de asestar un golpe a los indios que insistían en sus depredaciones. **Antonino Alzugaray** se había manifestado impotente para hacer algo al respecto. Apenas si había logrado que le aprobaran el trazado del pueblo duramente defendido. Por lo demás, solo reprimía a alguno que otro aborigen cuando por cuestiones personales, le venían con la batida de que había negociado con los montaraces un par de caballos agenciados por la noche. Pero ya ni eso le atraía para justificar su esfuerzo. No era fácil mantenerlo en el fortín y enviarlo a Santa Fe. Demasiado tenía con hacer frente de su propio peculio, a los sueldos de la magra hueste a su cargo, cuando la paga se demoraba por los problemas de las comunicaciones, o de la burocracia del tesoro provincial.

Dos o tres de los parroquianos se habían parado. Daban vueltas furiosos en torno de la mesa, en el comedor de lo de Alexander Mac Lean, esa tardecita repleto de vecinos que, con el nerviosismo de los planes, habían olvidado las mujeres y descargaban con voz estentórea, su munición gruesa verbal, contra los politiqueros y la politiquería santafesina, además de su suerte, entre otros muchos destinatarios personalizados con madre y toda la parentela.

Una brisa fresca cruzaba el recinto, entrando por la puerta abierta hacia la galería del norte que abría sus pupilas hacia las alas acogedoras del Pájaro Blanco.

- No nos puede parar la limitación en la provista del gobierno - decía Moore furioso. - El número de caballos que perdemos por noche en conjunto, más el riesgo, justifican plenamente que nos hagamos cargo de la diferencia y vayamos por nuestra cuenta. Basta conque legitimen el esfuerzo ¡y no nos caigan después con cualquier imputación gratuita! ¡Son tan torcidos!

- Sí - afirmó Grobet. - El Gobernador fue claro. Tenemos carta blanca. Hasta el Foreign Office hubo presionado seriamente a las autoridades; se generó un conflicto diplomático mayúsculo como consecuencia de la falta de seguridad en la frontera, allí donde se instalaron los galeses. No se olviden de la muerte de Andrew Weguelin y las gestiones que directamente iniciaran ustedes ante el presidente Sarmiento, reiterando la anterior de un año atrás, sobre la libertad de Juan Gregorio, la muerte de William Wasp,

mientras cortaba leña con su hermano; sin contar las otras frescas aún en la memoria, para evitar más dolores. En fin, ¿para qué abundar en lo que todos conocen?

- Y Sarmiento puso a los provinciales en vereda con las instrucciones que dio a Obligado - acotó Miedan

- Tenemos no solo el apoyo, sino todo lo que pudieron darnos. Un montón de caballos, varias potrancas para carne fresca y algunos kilos de yerba, tasajo y azúcar. El café corre por nuestra cuenta, como el té ¡Casi forman parte de nuestras creencias! - agregó Moore riéndose.

La salida, distendió la reunión que volvió a sus cauces normales después de esa trepada hacia altos niveles de iracundia, por la frustración de sentirse acorralados y no poder responder al reto. Era tanta la extensión del territorio, el encaje de sus ríos, lagunas y bañados; esos montes interminables donde el salvaje, como las garzas, estaba en su elemento, resultando prácticamente imposible poner coto a las correrías.

- ¡Sólo una acción punitiva contundente, rápida, por sorpresa, en el corazón de esos carbones del infierno, podrá dar algún resultado! - indicó Miedan, sorprendido de su empuje.

Y así, con la convicción de lo justo para resolver no sólo la coyuntura, sino también tratar de rescatar aquellos dos holandesitos, cuyo recuerdo por las noches traía tristeza a los atribulados colonos, que veían a sus hijos en tal situación, poniéndoles la carne de gallina. Si hasta en San Javier tenían cautivos tolerados para no perder la condición de reducción, conforme lo denunciara el coronel Obligado al gobierno nacional en un duro informe. En las reuniones familiares, era tema de conversación evitado la suerte de los dos chicos, aún cuando fuere el real motor de esa incursión que se gestaba.

Una vez descansados los caballos y agregados los pocos que el gobierno enviara, en reemplazo de los "patria" perdidos en la expedición anterior, iniciaron la marcha nuevamente. Esta vez, llevaban consigo frescas las referencias dadas por el indio capturado, respecto del emplazamiento de las tolderías del indio Gregorio, azote fronterizo y capitanejo dilecto del Inglés que había que arrancar de cuajo, ¡como a las hierbas malas!

Arribados a lo de Sager nuevamente repitieron el rito de la vaquilla carneada con la excusa de una yerra preparada ex profeso, para disimular el objeto cierto de la reunión de tantos colonos, si es que podía aún disimularse. Los pertrechos, guardados en el galpón y reunidos lentamente con anterioridad para no levantar la perdiz, serían cargados por la noche.

La reunión prosiguió todo el día como si nada. El descanso, para quien pudo, trajo paz a los cuerpos. Con la aurora, fueron despidiéndose de a grupo, emprendiendo la marcha al sur simulando retornar a sus residencias, para dar un rodeo posteriormente para encontrarse en el monte que limitaba la propiedad al oeste, lejos de las miradas curiosas. De a poco, con el correr de las horas, se completó la congregación, hombres, armas, vituallas y mulas, para emprender viaje hacia la gran bestia verde, cuajada de palmeras salvajes.

Seguros de su destino y eludiendo todo contacto con las comandancias del camino, apuraron el paso con la certeza de que el indio había dejado la zona por la que transitaron hacia poco tiempo. Así lo marcaban algunos indicadores elocuentes. Además, como el verano se venía y con él, ese castigo no siempre posible de conjurar en aquella región: la sed. La experiencia recogida había sido dura; apuraron el paso y cruzaron la frontera sin novedad. La línea de fortines fue quedando detrás.

Traspusieron el arroyito e hicieron campamento al costado de un lapacho que ardía orgulloso al sol, bajo unos algarrobos y quebrachos blancos que pujaban por la lomada.

- No deben estar lejos. Por suerte el viento del norte nos favorece, lleva nuestro olor y el ruido para atrás - decía Sager a Blazy, mientras observaba aquellas magníficas catedrales vegetales, vírgenes verdes admonitorias.

- ¿No sé por qué? - respondió éste - pero me brota espontáneamente la sensación de que somos vigilados. La tengo en la nuca.

- No digas nada, pero me pasa igual. Tengo la certeza de que ellos nos miran por los ojos del monte. No quiero creer que el mismo se ha puesto de parte del salvaje ¿Imaginas al viento alertando nuestra presencia?

- Lo hace. No lo dudes. No nos damos cuenta porque no hablamos su idioma. Pero lo hace ¡Ellos saben escucharlo y están atentos!

También los días nuevos vinieron detrás de los días gastados, o ganados, al menos consumidos en esa casi sempiterna marcha vigilante.

Las batidas adelantadas nada arrojaron todavía, sin embargo las huellas eran claras y comenzaban a entibiarse; contaban con la seguridad de estar en el camino correcto.

Moore levantó el brazo, deteniendo la marcha.

- ¿No es este el sitio donde interrogamos al salvaje? - le preguntó a Kauffmann.

- Sí, creo que sí. Aunque los grupos de árboles y la topografía se asemejan todos entre sí, confundiendo.

- No, mirá. Allá está el quebracho colorado gigantesco, que nos orientó durante varias horas la vez pasada. Sí, miralo. Parece un mariscal solitario recorriendo el campo de una pasada batalla - agregó - Debe conservar en su tronco la marca que le hicimos.

Colman se apartó de la columna y corrió un trecho hasta arrimarse al orgulloso ejemplar.

- ¡Sí, capitán! ¡Aquí está! - gritó confirmando la predicción.

-Bien, ¡basta de gritos o despertarán no solo a Gregorio, sino al Inglés y a toda la caterva de antepasados!

Ya con directivas precisas, la columna encaminó su marcha hacia la bruma que se sugería sobre el horizonte, producto aparentemente de humo de leña, originado en una intensa actividad tolderil.

Desmontaron y el último tramo del camino se hizo a pié, en silencio. Solo las señas fueron utilizadas para comunicarse entre sí.

Se arrimaron. Un quejido repetido llegó a sus oídos desde la derecha. Con el sigilo del tigre hacia allí se dirigieron los primeros. Una india joven, mirando al cielo gozaba de su pareja, mientras se ondulaba como si la tierra temblara fuerte bajo sus nalgas brillantes. Entrecortadas expresiones ininteligibles de placer, rompían la sucesión de exclamaciones guturales. Saltaron sobre la pareja desde ambos lados, previa distribución de las presas. Hubo que proceder a su degüello, para evitar que los estampidos dieran la alarma.

La paz de la muerte se posesionó del lugar. Un dulzón olor a sangre fresca inundó las fosas nasales. El arroyito rojo que partía de las gargantas cercenadas, se perdió entre las hojas.

Casi reptando se acercaron al campamento no más de doscientos metros. Lo rodearon en semicírculo, para evitar caer víctimas de sus propios disparos con el entusiasmo.

- ¡Ataquen! - gritó Moore. El infierno desató su furia.

- ¡Los holandesitos! ¡Los holandesitos! - se escuchó en medio del fragor de la batalla. Temían que los ultimasen.

Pocos pudieron escapar al monte. Algunos de los que intentaron hacerlo, abrieron los brazos y cayeron tendidos en su límite como abrazándolo, para descender los escalones de la tierra.

Las heridas propias fueron menores y solo dos caballos muertos cruzados por lanzas. La sorpresa había resultado anestésica.

Asombrados, paralizados por el terror, unos sesenta guerreros con la chusma habitual de mujeres, viejos y niños, miraban a esos nerviosos jinetes que habían llevado el apocalipsis a la toldearía.

Se revisó palmo a palmo el terreno. De los jóvenes cautivos ni señales. Nada arrojó tampoco el interrogatorio de los prisioneros. No valieron las amenazas. Aparentemente, ignoraban todo de ellos. De nuevo, la desazón comenzó a abrir sus patas de araña.

El conteo dio treinta indios de pelea muertos, muchos de los heridos que huyeran al monte morirían con el correr de las horas. Algunos pocos que pudieran sobrevivir a las lesiones, serían suficientes para hacer conocer el hecho, que se multiplicaría con el correr de los días. La lección estaba dada. Por largo tiempo se cuidarían muy bien de cometer atropellos.

Hubo que parar rodeo para recuperar los caballos de ellos para trasladarlos. Eso llevó bastante tiempo, tanto, que hubieron de permanecer allí hasta el día siguiente, con todo el riesgo del caso. Con guardia reforzada hacia el exterior, por el eventual arribo de contingentes hostigadores, y hacia el interior, para contener las claras ansias de fuga de los prisioneros, se durmió una calma tensa, que temblaba a luz de las fogatas. El odio brillaba oscilante en los grandes ojos abiertos hacia la claridad de esos rostros blancos.

Cocinaron carne de un par de yeguas. No todos comieron. Quienes lo hicieron fueron frugales. El cansancio imponía otras apetencias. El relevo de las guardias nerviosas ¡no llegaba nunca!

CAPITULO LIII

DE PALACIO

- Pero señor gobernador, no puede darle a los cullistas una herramienta poderosa, como la que se propone otorgar usted haciendo lugar al pedido que le formularan los norteamericanos, para establecer una colonia militar en el Pájaro Blanco, entre el Saladillo Dulce y el Amargo ¡Piénselo!

- No Pizarro. No es así. Le falta mucho aprender a Usted - decía Bayo a su Ministro - Las cosas no son lo que parecen ser, y menos en política. Eso no tiene importancia. Lo gravitante aquí es lo que realmente puedan hacer, hacia donde nos lleva su acción ¡Usémoslos;

- Pero señor. Usted bien sabe que ellos están metidos con patas y todo con los liberales. Basta que Oroño les diga que se tiren al río...

- Espere. Espere, ¡no se apure! Tendrán nada más que una ley. Un trozo de papel que no agregará nada de poder en sus manos. Sí, un eslabón fuerte a la cadena que los ata al gobierno constituido, a éste. No debe olvidar que han respondido a nuestra requisitoria; prácticamente sin mayores erogaciones para el tesoro, ya hemos concretado tres incursiones al corazón de la tierra de nadie, al Gran Chaco maldito. Ellos asumieron los riesgos. Jugaron su pellejo. No tomaron venganza por sí. Entregaron los prisioneros al gobierno. Ya se distribuyeron entre familias de Santa Fe y Rosario, para facilitar su inserción en la vida civilizada. De los interrogatorios surgió que no fueron maltratados durante su cautiverio. Se portaron mejor que lo esperado de una tropa irregular, sin la disciplina de las milicias ¡No quiero ni pensar que hubiese sido de esas indias jóvenes y bellas, en manos de los regulares! - acotó sonriendo.

- Pero...

- ¡Nada de peros!, caramba. Traiga ese mensaje a la Cámara, que se lo firmo de una vez - ordenó categóricamente, sin lugar a otra respuesta. Le fueron alcanzados los papeles. Tomó la pluma, asentó la rúbrica y los devolvió para que hiciese lo propio el contrariado ministro.

- Firme Pizarro ¡Cualquiera diría que nos va la cabeza! - exclamó riendo.

Cuando lo hubo hecho, tomó nuevamente los papeles en su mano y guardó silencio. Miraba por la ventana la mañana que transcurría aparentemente tranquila, derramándose sobre los naranjos de la plaza de enfrente.

- Dígale a Foster que no haga nada sobre esto sin que la ley esté dictada. Aunque ello ocurrirá pronto, veré que así sea. Y por supuesto, sin previamente comunicarme cualquier cosas antes de concretarla. En particular la cesión de las tres leguas de tierras fiscales para esa supuesta colonia ¡Colonia militar les voy a dar yo a esos!

Los chasquis entre los despachos iban y venían trayendo y llevando papeles. Aquellas eran las agujas con que diligentemente se tejía la trama del acontecer burocrático y echaban a volar las sucias palomas de los chismes, que nutrían las ruedas de mate y las mesas de café. Uno de los temas obligados fue el celo del gobernador por crear una colonia militar en el norte. Y hasta no faltó quien pretendiendo hilar fino, aseverara que bien podría tratarse del paso del mismo a las fuerzas de los liberales. Temprano, uno de ellos particularmente agitado por el apresuramiento, ingresó a la Secretaría gubernamental. Enfrentado al Oficial Mayor le entregó un mensaje lleno de sellos y firmas.

- Señor Pérez - dijo entrecortadamente por la agitación, haciendo evidente que su corazón no respondía en forma. Aquí traigo la ley que le preocupaba al señor Gobernador. La Sala de Representantes de la Provincia acaba de sancionarla. Sírvese la copia oficial.

-Gracias. La haré llegar de inmediato - le respondió el secretario mientras lo acompañaba hasta la puerta. En ese instante ingresó a la oficina un señor vestido de gris, que muy serio inquirió por el mandatario, acomodándose el moño.

- Buenos días señor Ministro. El señor Gobernador está reunido con el doctor Pizarro ¿Quiere ingresar?

- No, ¡por favor! No mezclemos las aguas ¡Avísele nomás que aguardo! - respondió sentándose en uno de los amplios sillones que bordeaban la pared. No quería interferir el accionar de su colega, en quien confiaba por ser amigo personal.

- ¡Pase de la Torre, pase! - dijo el propio Bayo asomándose por la puerta entreabierta de su despacho - ¡No se quede ahí hombre!. - Le reclamó, agregando una vez que hubo ingresado: - ¿Vio mi estimado? ¡La cosa empieza a marchar! Les hemos dado nada más que intenciones, y ya

comienzan a efectuar los ajustes en el balance de fuerzas. Como si esta hoja - decía agitando los papeles al aire - tuviese la virtud de materializarse en fuerzas organizadas y combatientes ¡Tontos, reverendamente tontos! - exclamó riendo gozoso. ¡Qué jugada! ¡Como deben sentirse los partidarios de Oroño!

La situación no era fácil. El timón estaba comprometido por corrientes de las más encontradas y fuertes. Pero no vaciló. Quería debilitar a sus propios adversarios, apoyando abiertamente a quienes tenían un cierto grado de peligrosidad y ascendiente en el pueblo, para desorientar y aprovecharse de los distraídos. Se restregó las manos. El diario La Capital había estado especialmente virulento. Llamaba a la rebelión desembozadamente. Cerró el periódico y se dirigió a quien en ese momento compartía el café con él:

- Vio González. ¡Se están mordiendo la cola! Ante la imposibilidad de dar el cuartelazo, ya que la Milicia es nuestra, promueven la rebelión abierta. ¡Pobres diablos, la que les espera si se largan!

- Tiene razón señor - fue la respuesta provocada más por la necesidad de atemperar el miedo, que por la convicción. No podía desconocer el potencial de los adversarios políticos.

- ¡Y pobres de los que los sigan! - Insistió el Gobernador, ordenando: - Haga llamar al coronel Hernández, a Carrasco y a Rodríguez. Nos reuniremos mañana en mi despacho, con Leopoldo Nelson. Vea también si puede hacer venir a Pascual Rosas y a los Comandantes Ramírez. No importa en lo que anden. Que vengan mañana. ¡No!, mejor pasado, así tengo el tiempo suficiente para reunir los otros elementos y pensar con tranquilidad la estrategia futura.

- Sí señor Gobernador, ¡ya mismo me ocupo!.-

-Bien, ¡vaya nomás!

El hombre salió dejando la taza a medio terminar. Bayo se paseó por el centro de la estancia con pasos nerviosos. Su otro Ministro, que había seguido la escena en silencio, continuó observando ese deambular satisfecho.

- Vio Pizarro. Hicimos bien en concentrar en San José del Rincón la Guardia Nacional de Helvecia y Santa Rosa. No las íbamos a dejar al alcance de las manos de los liberales. Ellos son fuertes en esos distritos. Tienen ascendencia con los colonos ¡Pobre gente! Mientras tanto,

dejémoslos ir, ya que no podemos frenarlos todavía ¡Se van a poner solos la sogá al cuello!

Fueron interrumpidos por el oficial mayor que les anunció la presencia de los negociadores del Banco de Londres.

- Dígales que aguarden o hágalos atender por la gente de Hacienda. Ahora estoy muy ocupado. Ellos tienen precisas instrucciones sobre como actuar en la emergencia, sabrán recibirlos ¡Malditos tramposos! - exclamó indignado, no pudiendo contener su ira al recordar las veces que se dio contra la pared tratando poner en caja el manejo discrecional que de las finanzas hacía ese banco, con su emisión en moneda boliviana. Al punto que, casi desencadenó un conflicto militar de proporciones. - ¡No, no los atenderé, que diablos! Se han volcado de lleno al lado liberal, financiándoles sus escaramuzas. Nos volvieron la espalda en créditos, obligándonos a crear nuestro propio banco. No se van a salir con la suya. Santa Fe cuenta ahora con banco propio ¡En eso tiene razón Iriondo!

- Como usted disponga, señor gobernador- respondió el diligente empleado.

- ¡Un momentito..! A propósito, que esté presente la gente del Banco Provincial en las reuniones que se realicen. Les haré morder el freno. ¡Aprenderán la lección de una vez! Pizarro, por favor vea que así se haga. Que asistan personas duchas en refriegas palaciegas. No entregaremos el fuerte, ¡y menos a ellos! - recomendó visiblemente alterado. No pocos dolores de cabeza le había dado la cuestión económica y el cambio de moneda en marcha.

Por si fuera poco, a los múltiples problemas, se agregaba hoy en el despacho el informe perentorio de Antonino **Alzugaray**, planteando la crítica situación en la Comandancia de San Javier, para la que pedía gente, fondos, armas y la pronta instalación de los italianos en la localidad. Le preocupaba el avance vertiginoso de las colonias de los alrededores, mientras que la población de la antigua reducción, moría de muerte natural, arrastrando consigo a la toltería que la asfixiaba. El pobre comercio de cueros de yacaré y plumas de garza, no podía constituir factor de progreso para el mísero villorrio polvoriento, base cierta de prosperidad para dos o tres bolicheros inescrupulosos, que se aprovechaban del indígena, malpagándole el esfuerzo que hacían los pocos que querían vivir de su trabajo.

Las cuestiones de la frontera le preocupaban. Sabía que constituían un factor desestabilizante que era necesario conjurar, si deseaba seguir el

programa de poblamiento en que se había embarcado la provincia buscando neutralizar la acción negativa de los indios montaraces y los gauchos alzados, que compartían el territorio con ellos ¡Esos matreros también contaban y mucho! La milicia no daba a basto. El manejo político la comprometía por entero, más allá de las fuerzas propias y sus fines naturales.

- Dígame - preguntó a su ayudante - ¿fue **Alzugaray** el que pidió el nombramiento del español Manuel Argüelles como Teniente Juez en San Javier?

- Sí señor - le respondió. Ahora requiere el cambio de residencia de ese funcionario. Pasar el Juzgado desde la Colonia Francesa, donde se desempeña, a San Javier, dado que las colonias del norte son más ricas, pobladas e importantes.

- ¿Qué opina usted?

- Comparto ese criterio, señor Gobernador. La atención de sus obligaciones a distancia, atenta contra el normal movimiento de la gente del lugar. Evita el progreso de ese pueblo de indios. Habría que atenderlo. Estaría la oficina en un punto equidistante.

- ¡Está bien! Haga lo necesario y tráigamelo a firmar. Hombre extraño este **Alzugaray**. Lo conocí cuando lo hice apersonar en oportunidad de un viaje a esta ciudad.

- Creo que fue a comienzos de año, señor.

- ¡Tiene razón! Ahora lo recuerdo. Me sorprendió su actitud. Venía de desembarcar del "Quinto de la Helvecia", cuando al enterarse de mi requisitoria, con su hijo y su equipaje ligero, ¡se vino directamente para mi despacho!

- Así es. Nos reímos en su momento de su servicial diligencia.

- ¡No era para eso! Me conmovió el esfuerzo que hacía para darle una educación al muchacho. Lo desarraigó de la toldería para injertarlo en el Colegio Inmaculada. Confieso que me sorprendió su persona, ¡y eso que estoy acostumbrado a ver gente de toda laya! Sin embargo, debo confesarle que me produjo un sentimiento especial su integridad. Vea de hacer algo por él, lo que se pueda. Piense que hasta le paga el sueldo a sus cuatro pobres milicos, cuando nuestro exprimido tesoro se demora en hacerse ver por allá ¡Vaya hombre! ¡Necesitamos de muchos **Alzugaray** para sacar esto del pantano!

- ¡Sí, señor!

- De paso, trate también que venga en el transcurso de la semana próxima. Quiero entrevistarlo para interiorizarme de la situación con los colonos. Ahora que lo pienso, es el único en quien puedo confiar allí. A los otros los conozco bien, como para confiar totalmente en ellos.

- Bien señor. Enviaré por él en el próximo barco a Helvecia, con el correo habitual.

- Eso es todo. Gracias, ocúpese nomás. - dijo el gobernador. Volvió a la ventana para entretenerse por unos minutos con las hojas que eran sacudidas por una falda floreada que se desplazaba hacia calle San Jerónimo, agitada rítmicamente por una dama bella, majestuosa. Desvió la mirada. Temía que ella sintiera su vista en la nuca.

- ¡No tener veinte años menos!, se dijo suspirando resignado.

La mañana cómplice, descorrió una nube para colocar un aura luminosa en el contorno sugestivo de la cintura que se alejaba. Otro suspiro silencioso abrochó el rato en su mente.

En Colonia California, las reuniones se sucedían.

-Alex, ayer estuvo Kauffmann en casa de paso para el sur. Almorzamos juntos y nos anticipó que es inevitable la revuelta. Que el partido de Oroño está siendo traicionado con un fraude muy bien urdido, que se viene tejiendo desde hace tiempo con la intervención directa de la milicia. Evidentemente, así don Ignacio Crespo, el candidato del partido liberal, no tiene posibilidad alguna.

- ¡Me lo imagino! Cosas propias de toda esta sucia política que los lleva y los trae !Además el candidato de los autonomistas, Simón de Iriondo, está muy arraigado en Santa Fe.

-Sí, en Santa Fe, pero no en el resto de la provincia. Sin embargo van a ganar ¡Han organizado bien la cosa!

- Y bueno, ¡que se las arreglen!; ya te dije que debemos mantenernos al margen de estas rencillas de entrecasa; ¡nada tienen que ver con nosotros!

-No, no es así. Esa gente a la que debemos todo, ha pedido nuestra ayuda para romper con la confabulación electoral. Particularmente, no puedo negársela. Les debo mucho.

- Espera un poco. Creo que el planteo es equivocado. A la política que nos benefició la habían fijado antes y nosotros llegamos en el momento justo para llenar un hueco. No nos esperaban. Iban a convocarnos porque nos necesitaban. Jamás contaron con nosotros. Iban a buscar norteamericanos y justo caímos, ¡como venidos del cielo!. No te olvides que lo pedía la legislatura por presión de la gente y la prensa se hizo pleno eco de ello en largos editoriales.

- Sería una gran deslealtad de nuestra parte no responder al pedido de apoyo que nos hicieron.

- De ninguna manera. Creo que la razón tuya es la simple sed de aventura, que ha llegado a enraizarse en nosotros después de tanto; constituye el motor de ese criterio.

- ¡Por favor! , sabes bien que no podemos negarnos a un pedido de ellos.

- ¿Y nuestras familias? No olvides que somos extranjeros, estamos en tierra extraña pese a todo. Así nos consideran.

- ¡Cuando no nos necesitan! Además, ya somos de aquí. He hablado con los otros y muchos apoyan mi iniciativa. ¡Marcharemos en su ayuda!

- Allá ustedes. Pero creo que cometen un error. Juegan demasiado fuerte a una mano en una partida ajena. Son otros los que barajan, dan las cartas ¡y éstas están marcadas!

El aire se había ido enrareciendo entre ambos y, si bien como siempre que habían discutido con Alexander, no pasaría nada, Will , que lo conocía, prefirió retirarse y dejar que las cosas hablaran por sí. Sabía de antemano que sería apoyado. El espíritu de aquél le impediría apartarse de los cánones de la normalidad. Entendió que él también sentía un gran respeto y admiración por Oroño. Pero no se movería en el sentido propuesto. Se despidió y emprendió el regreso cabizbajo.

Lamentaba que Mac Lean, el Director de la Colonia, no los acompañara.

Conforme lo comprometido, la columna con un grupo de los voluntarios de California, Galense, Alejandra y Romang, marchó el 18 de Marzo hacia San Javier, presidida por Patricio Cullen. Eran las cinco y media de la mañana cuando desmontaron frente al Juzgado, Comisaría y lugar de residencia de Antonino **Alzugaray**. Golpearon fuertemente la puerta.

- ¡Vamos, vamos **Alzugaray**..!, gritó uno de los voluntarios mientras asestaba golpes que conmovían la tranquilidad secular del poblado.

El convocado se asomó con preocupación por el escándalo.

- ¿Qué pasa, qué pasa ahora? ¡Ah..!, son ustedes ¿Qué diablos quieren tan temprano? exclamó sorprendido al ver toda esa gente. Aunque en el fondo preveía el origen de la situación, trataba de ganar tiempo, haciéndose el desconcertado. Vio que nada podía lograr solamente acompañado por el Teniente Juez y cuatro milicos que asomaban por detrás, inquisitivos.

- ¡En nombre de la revolución popular tomamos la plaza y exigimos su rendición! - expresó Patricio Cullen de manera contundente.

El hombre hizo un cómico gesto de impotencia y, con cierto desenfado, ingresó a la propiedad seguido por sus captores, para entregarles el armamento con que contaba para la defensa de la extensa zona a su cargo.

- ¡Oh miren..! - exclamó Sager más que asombrado - Cuatro carabinas, cinco lanzas y cuatro sables ¡Que parque magnífico! ¡Tenemos asegurado el éxito! - manifestó socarronamente.

La carcajada general se hizo una sola recorriendo la fila de los revoltosos. A una seña de Cullen, Ramón García se adelantó.

- En nombre de esta revolución y por disposición de sus jefes, me constituyo en Comandante de las fuerzas de San Javier. Los demás asintieron sonrientes. La tragicómica situación por las circunstancias particulares del lugar, la cantidad de personas comprometidas y las consecuencias de esa acción, convertían al hecho, más en una opereta que en una acción guerrera real.

Hizo subir al comandante **Alzugaray** a la volante que los acompañaba y emprendieron galope por el costado de la plaza donde el yuyal reinaba, para dirigirse hacia el oeste. A unos cuatrocientos metros del poblado detuvieron la marcha, acampando a la espera de que se les reuniera el resto de la gente de esas Colonias, comprometido en la partida.

Mientras vivaqueaban, los corrillos cruzaban el grupo con las más diversas versiones de lo acontecido o por ocurrir en otros lugares. Solo con la palabra autorizada de Cullen, se hacía silencio, cesaban las discusiones y todos prestaban atención.

-En estos momentos, la comisaría de Manzanares debe estar en manos de Luciano Leiva. Se nos reunirá pasando Helvecia, del otro lado del Saladillo. Viene con una nutrida columna. Desde allí, marcharemos sobre Santa Fe - decía el caudillo dando ánimos a sus compañeros de aventura.

Se fueron agregando personas al contingente. Algunos criollos y un nutrido grupo de indios capitalizados por sus ayudantes. Los colonos los miraban con un recelo no disimulado. Habían aprendido a no confiar en ellos.

- No se preocupe - le decía García a Moore - Son útiles. Los necesitamos por su número. No son muy efectivos cuando no pelean entregándose por entero, pero están reclutados por dinero y promesas. Servirán de miembros de número, para distracción. No sabemos cómo van a responder los oficiales. Tenemos que estar prevenidos. A ellos los lanzaremos por los costados y abrirán cualquier columna. Serán los primeros. Ya verá qué efectivos son para esa tarea de distracción, ¡como que son buenos jinetes lanza en mano!

-No estoy seguro - respondió Moore, adelantando la marcha para ponerse a la par de la volanta que se encaminaba con el grupo hacia la administración de la Colonia Cullen.

Pasado el mediodía arribaron al lugar y se distribuyeron alrededor de los asadores que los aguardaban humeantes, a la sombra de los árboles generosos; abrían su sombrilla fresca.

Desatadas las botas, algunas cananas y dejados de lados los sombreros, se dieron a la tarea de reponer o desechar aguas, mientras los más nerviosos, caminaban en círculos.

El convidado de piedra de ese grupo casi dominguero por su comportamiento tan poco profesional, don Antonino **Alzugaray**, rumiaba sus pensamientos cuando se le acercó Moore, que también preocupado miraba cada tanto a su alrededor.

- ¿Qué opina Usted, don Antonino - le preguntó.

- ¡Que están locos, irremediablemente locos! - le respondió con profunda convicción. Se van a enfrentar con tropas regulares. Me llama la atención que usted se haya metido en esto, don Moore.

- No pude evitarlo. No es mi negocio, pero eludir el compromiso hubiera sido poco perdonable para mí. Esa gente nos ayudó y pide nuestra colaboración para arreglar sus diferencias.

- ¡Me lo imagino! Es propio de estos lugares actuar de ese modo ¡La extorsión forma parte indivisible de la política criolla! Los dos bandos actúan así. Lo supe de boca del propio gobernador la semana pasada.

Lo miró extrañado. Era la primera vez que aquel hombre se sinceraba con él de esa manera. Le había parecido incapaz de tal vehemencia.

- ¿Está asombrado?

- No, pero...

- Vea mi amigo. Usted es de afuera y no conoce lo que es esto. Salvo muy pocas, no tenemos otras armas que la perfidia, el engaño, las alianzas sospechosas, la traición. No imagina cuanta gente de esta zona fue llevada con artimañas a Santa Fe, ¡con promesas de bienestar! - exclamó riendo, para continuar: - y de allí, movilizada, ¡fue a dejar sus huesos en la lucha con el Paraguay! Se vaciaron las tolдерías.

- No piense que no me he dado cuenta de ello. El manejo es de lo más torcido ¡Pero no creo que llegue a tanto!

- ¡Ya lo verá, mi amigo! ¡Ya lo verá! Lamento que ustedes se hayan metido en esto. No se lo merecían. Esos otros, del fondo del tarro, son los mismos de siempre, partícipes de piedra que solo pretenden vivir conforme sus costumbres, sus prácticas y su leal saber y entender, como en todos los tiempos. A veces, sirviendo a unos o a otros por la fuerza, por convicción, por necesidad, o por mero aburrimiento, como lo hubieron hecho anónimamente desde el fondo de la historia. Es el barro que dio de comer a tales y cuales. El soporte real de la casa, ¡pero ustedes en esto!

- ¡¿Qué se le va a hacer?! Cada uno es responsable de su suerte . Lo cierto es que aquí estamos y téngalo por seguro, no aflojaremos.

- Lo sé, ni lo diga. Los conozco y lo lamento! Los de aquí sabemos bien de qué son capaces los políticos. Cambian las leyes conforme sus intereses, y la justicia, esa justicia tan declamada, es una ficción al servicio del poder. Me refiero a la mayor, de la que dependen ellos y los jueces. Parientes y amigos. A veces alguien de prestigio. Casualidad nomás... Eso sí, ¡la hacen a su medida en nombre nuestro! Moore lo miró un momento e iba a volverse para cambiar de interlocutor, cuando éste nuevamente le habló:

- Mírelos, ahí están éstos con aguerrida lanza en mano, se hacen los distraídos. Pero algunos de los que ve, fueron capturados por mí por ser desertores del Ejército. Son asesinos natos. En su huida para la tolдерía, se cargaron un grupo de obrajeros en Calchines. No confíe en ellos, Moore. Hágame caso, ¡son traicioneros!

- Está bien , le agradezco su prevención.; pero no se preocupe. Los conozco.

El olor a carne asada convocó hasta a los más remisos. Solo el canto de los pájaros se escuchaba en el grupo masticador, estimulado por el vino refrescante.

Pasado el rigor de la siesta. Cullen dio la orden de marchar. La extraña figura de **Alzugaray** desarmado, cabalgaba flanqueada por dos guardias; acompañaba ausente a la columna con la frente erguida.

Al atardecer arribaron a Helvecia, donde las fuerzas se vieron grandemente engrosadas con el aporte de muchos colonos de la zona; criollos y también un fuerte contingente de indios. En la emergencia, los suizo alemanes dejaron de lado sus entredichos con los italianos y marchaban juntos.

Alzugaray ya no estaba solo. Se incorporaron el Juez de Paz, el Secretario y seis policías del lugar, a la rueda de cautivos que se disponían pernoctar.

Con la madrugada a cuestas, partieron en dirección a Cayastá donde, al arribar, se carnearon cuatro reses para el obligado culto a los asadores y se dio descanso a los caballos..

Caída la tarde, tomaron la estancia del comandante Francisco Romero y Esquivel y dispusieron un alto, sin alcanzar Santa Rosa hasta la mañana siguiente. Allí liberaron a los presos, excepto **Alzugaray**. García se negaba a ello por el particular enojo que le causó no haber podido obtener el tobiano y la montura del nombrado.

- Cullen - dijo Moore acercándosele. - No tiene sentido mantenerlo con nosotros. Distraemos hombres en su custodia y no significa ningún peligro su libertad. Ya nadie ignora nuestra marcha ¡A nadie ha de alertar! El interpelado lo miró un momento y sonriendo dijo:

- ¡Tiene razón! ¡Comandante García, libere a **Alzugaray** también!

Así , como había venido , en silencio se alejó esa figura fronteriza, curvada en la grupa como si soportara el castigo por la rebelión. La de ahí, entremezclada con la otra que se entrecruzaba en su espíritu agobiado. Un profundo dolor de montes y caminos polvorientos recorridos hizo nido en sus articulaciones, aplastando su persona hasta hacerla pequeña en la distancia.

El galope largo del grupo de jinetes en dirección a Santa Fe, denunciaba la existencia de algo inusual bajo ese sol que todavía castigaba bastante. El Gobernador había cabalgado toda la mañana y a las trece estaba instalado en su despacho, sudoroso, cansado, con la irritación propia de los sucesos, que se fueron acelerando. No por inesperados, sino porque simplemente molestaba todo aquello que cambiara ese ritmo propio del acontecer tranquilo provinciano. En el ajedrez político, solo estaba en juego el mate de la partida. Pero era una cuestión de honor y sabía, aunque le doliera, que no les aflojaría un ápice, ni a sus parientes equivocados con quienes discutía con cordialidad.

El mecanismo preparado hacía tiempo trabajaba bien, estaba convenientemente aceitado. La cadena de pulperías de "amigos" de Iriondo, alertó a tiempo del movimiento iniciado por los rebeldes.

De la Torre fue el primero en concurrir a la sede del gobierno. A poco un chasqui partió raudo hacia las comandancias de cuya lealtad no se dudaba, con instrucciones precisas. La noche del 18 de Marzo, fue una noche cargada de rumores perfumados, que recorrían las desiertas calles de Santa Fe, como fantasmas convocantes del nerviosismo y la curiosidad.

Las reuniones en los diversos centros de cotilleo obligado, fueron preparando el ambiente hasta llevarlo a ese momento en el que los calmosos habitantes esperaban sólo el estampido de los disparos, el rechinar de los aceros encontrados o los gritos de dolor de los heridos. Y las pasiones afloraban. Por el hijo, el hermano, el novio o el amigo, comprometidos en esa lid generada por los dioses guerreros sempiternos, exigiendo que la danza ritual continuara en ese contradictorio escenario de ladrillos gastados y robos de besos a escondidas en los zaguanes.

- ¡No pasarán, téngalo por seguro! - repetía Servando Bayo a De la Torre, en el instante mismo en que ingresaba Pizarro. - Me habían prevenido, por eso las tropas están preparadas convenientemente.

- Los rumores hablan de un importante contingente de revoltosos.

- Es posible - decía Bayo - Pero aún así no tendrán suerte. Ya había dado antes de partir para San Carlos, instrucciones al Departamento de Policía, a los Comisarios de Sección, a algunos Jefes de la Guardia Nacional y a los Jefes de Guardiacárceles, para que estén alertas y no se dejen sorprender desde adentro. Aquí, Santa Fe está controlada. Hubo francos convenientes a cierta oficialidad. Creo que los otros no habrán de fallarme. Si lo hacen, saben que la pasarán peor que los levantados en armas ¡La traición es algo que no puedo tolerar a ningún precio! - exclamó, agregando: - Esta noche dormiré tranquilo. Ya salieron directivas para las

restantes comandancias de campaña; de la zona comprometida ¡Aventureros!.- exclamó golpeando en el escritorio.

El correo no esperó que el caballo se detuviera. Corrió hacia el grupo de oficiales, distinguido por ser de su conocimiento, no por su vestimenta que era heterogénea. Se cuadró delante del Comandante Francisco Romero, a quien apodaban "Manzaneros".

- ¡Mensaje para el señor Comandante. ¡Permiso señor para su entrega! - exclamó cansado y con las nalgas doloridas, pero contento por ser el portador de cosas importantes. El ceño y el sello de sus emisores lo habían denotado y le imprimieron particular ritmo a su galope.

- ¡Déle nomás! ¡Venga eso! - exclamó el nombrado adelantándose. Tomó el papel, rompió el sello y leyó la orden de movilizarse ante la insurrección nacida en Colonia Cullen y nutrida por las restantes poblaciones de la costa santafesina.

- ¡Malaya! ¡García, aliste la tropa, salimos en una hora.

- ¡¿Pero comandante, esta noche...?!

- Nada, adelante o lo relevo! Los minutos son preciosos en esta emergencia ¡Les daremos una sorpresa a esos infelices!

- ¡Comprendido señor! - expresó el subordinado corriendo a cumplir con la orden. De inmediato un nervioso trajín empujó hasta a los mas remisos.

- ¡Gutiérrez! - convocó Manzanares.

- ¡Presente señor!

- ¡Prepárese! Habrá que empapelar la caminata con vales. No esperaremos la provista que debe arribar esta noche. Que nos siga. Partimos de inmediato en campaña. Así que junte a los de la tropa que conocen la zona, para que ayuden a que no nos escondan los vecinos lo que necesitamos. A los remisos, ¡movilícelos! Ya pagarán las cuentas especiales los platos rotos. Eso, ¡si son los nuestros!

El nombrado se cuadró, dio media vuelta y se encaminó hacia el grupo de la derecha, que estaba ramoneando.

El dispar destacamento empezó a cabalgar, los oficiales con gorras, el resto con sombreros diversos y chupayas de paja, quienes las tenían. El fragante airecillo nocturno despeinaba aún más las revueltas

melenas que cubría sus cabezas. Los pies, calzados o sin nada, taloneaban los caballos para hacerles rendir un trote más a esos sufridos patrios.

El veinte al mediodía, arribaron a la costa del arroyo Saladillo y la exploraron un par de kilómetros aguas arriba y abajo del paso de los Cachos. Estaba crecido y los caballos en malas condiciones para vadearlo sin riesgos. Encima, no conocían la situación precisa de los revoltosos adelante. Manzanares ordenó replegarse hasta el monte y apostar guardias montadas cada doscientos metros, relevables cada dos horas, para que vigilaran las tierras de enfrente, ocultas entre los árboles ¡El agua trabajaría a su favor! Sabía que de no forzar ellos la marcha por ahí, al sur los bañados del Mocoretá les impediría a los rebeldes todo encuentro con Pancho Romero y Esquivel, que comandaba el Regimiento 7 de Abril, camino a Calchines a la sazón, por esa suerte de embudo natural que conformaba el albardón costero; la topografía los arrojaría directamente a sus brazos.

Apenas unos mates y galleta permitió a la tropa. Nada de humo de asado. Unas brasas "frías" para calentar las morochas que la cebada requería y nada más. No se podían dar el lujo de anticipar su posición.

- ¡Si esto sigue así, llegaremos a Buenos Aires! - decía Kauffmann a Sager, mientras seguía con la vista, atentamente, las indicaciones de Francisco Iturraspe sobre la mejor manera de acercarse al Saladillo, sin caer en los bajos o los pajonales que dificultaban la marcha.

La cinta de plata del arroyo se les mostró hinchada en el horizonte quebrado por aromos y chañaritos. Estaba muy crecido el arroyo. Desembocaron en el bolsón que formaba uno de los meandros, virando su trayecto de Oeste a Este en ese punto.

Se acercaron a la ribera. Esperan cruzarlo algo más arriba, en el paso "de los Cachos" propiamente, para encontrar a las fuerzas gubernamentales y sorprenderlas mediante una maniobra de pinzas antes de Cayastacito, lugar donde suponían se hallaban, por los informes de los llegados recientemente.

Un relincho distante, a la izquierda, los hizo desmontar y prepararse para buscar refugio desde donde hacer frente a cualquier situación que se planteara. Así los irregulares fueron distribuyéndose a lo largo de la curva amplia de aquella vena fría que recorría buena parte de la

Provincia con trazo irregular, como corte de cuchillo hecho por mano inexperta.

- Escuchame Sager - decía Moore al hombre situado a su izquierda - no se oye ni se ven pájaros. Aquel monte de enfrente, en vez de los habitantes naturales, temo que esconda otra cosa. Hay demasiado silencio.

- Es cierto. Nada, ningún pájaro por esa parte, no es natural aquí, en estas soledades. ¡Oh! - exclamó de pronto - Allá, al fondo, la bandada de bandurrias que viene para este lado, desvió su marcha súbitamente y se elevó! Algo hay. ¡Cuidado! - exclamó.

- ¡A cubierto! - gritó Moore al grupo a su cargo, que de inmediato se dispersó por el lugar buscando cobijo. Fue de inmediato imitado por la tropa restante. Las cabezas de los hombres cuerpo en tierra, se levantaban inquisitivas por la sorpresa.

- Hay alguien allí enfrente, entre los dos arcos bajos, al costado del laurel negro.

- No veo nada - le respondió Sager.

- Ahora lo verás! - aseveró Moore afinando la puntería. El dedo presionó la cola del gatillo y el agujero del infierno lanzó su grito. Una figura humana uniformada rodó por la pendiente suave, bañada por las hasta ahora tranquilas aguas. Una descarga cerrada proveniente de todas las bocas del monte que se abría como una pared; les respondió en decenas de ecos no menos elocuentes que el estampido inicial.

Algunos rodaron heridos o muertos, pagando la imprevisión inicial. No se enfrentaban ya con las chuzas indígenas, sino con la fusilería organizada, aunque no por ello sentían temor. Por el contrario. Los acicateaba más el peligro.

El tiroteo se generalizó. La certera puntería de aquellos que a diario probaban su destreza mientras araban, para llevar el sustento alternativo, demostró su eficacia.

Cabeza que se asomaba, vaciaba su contenido vital. A la hora, los diligentes milicos se habían dado cuenta que tales colonos no eran pasto fácil. Así que, casi sin asomarse, o sin hacer mucha puntería, disparaban. La afinaban algunos, los que habían conseguido el franco refugio de un tronco caído, o el montículo de un tacurú. Los ayes de los que se escondieron en las matas de paja brava o colas de zorro, marcó el error de elegir el refugio equivocado. Los de enfrente, disparaban directamente al bulto, sabiendo que ese colador vegetal, no detendría los proyectiles.

El fuego intenso se generalizó. Kauffmann mandó un grupo a tomar las canoas que se encontraban a la derecha del paso, aguas abajo, pertenecientes al poblador cuya humilde vivienda se mostraba quieta.

- ¡Fuego de apoyo! - gritó Moore ante la maniobra. Y las descargas se sucedían implacables mientras los embarcados precariamente, trataban de alcanzar la otra costa. Sobrecargada, una se dio vuelta con el empujón inicial. Sus ocupantes, mojados y a los saltos, trataron de ganar las líneas nuevamente. Algunos no lo lograron. En la mitad de la corriente, el que llevaba la pala de la otra, cayó por un certero disparo en la frente. La canoa sin control, comenzó a derivar aguas abajo.

- ¡Fuego, fuego a discreción! - gritaba Moore tratando de provocar una cortina que cubriera a los improvisados navegantes. Fue en vano. De a uno se desprendieron como uvas maduras hasta que no quedaron sino dos heridos, con sus cabezas colgando por la borda. Las aguas se iban tiñendo de rojo. La canoa bailaba su macabra danza en círculos.

El silencio se hizo por un momento. Fue el homenaje dado a esos valientes que, bajo fuego, quisieron tomar la fortaleza vegetal. No duró mucho. Los disparos se sucedieron otra vez sin solución de continuidad.

Iturre, herido en su intento de llegar hasta la embarcación con otro de sus pares, fue atendido en la retaguardia y llevado al rancho del cazador lugareño.

- Sargento, ubique al Comandante Romero y Esquivel, que debe estar marchando para aquí y déle nuestra posición. Dígale que apure la marcha. Nosotros nos aguantaremos mientras el parque dure. Después, no sé que pasará. Desconozco la capacidad de fuego total de esos diablos. Aunque no debe ser mucha más que la nuestra. Por los datos, la columna no llevaba vituallas extras, sólo lo que cada portaba para sí. Eso me alienta. Explíquese bien. La lucha cuerpo a cuerpo es aleatoria con esa gente, más si nos lanzan los indios - ordenaba Manzanares al correo preparado, que partió raudo con el cese de las palabras de su jefe.

La noche cubrió el lugar con su manto de duelo. El cielo de la tarde, sucio con la sangre derramada, se diluía a medida que la paz nocturna imponía una tregua. El grupo rebelde afianzó su posición en esta margen, mientras, del otro lado, las escasas fuerzas y con no más de diez o quince disparos por hombre, esperaban el arribo del magro contingente de Cayastacito, convocado también con urgencia por Manzanares, que veía poco fácil la partida y necesitaba un respiro.

- ¿Qué hora tiene Ramírez? - preguntó Pancho Ramírez y Esquivel a su segundo que franqueaba la derecha.

- ¡La una mi comandante! - dijo leyendo el cuadrante de su inmenso reloj de acero sujeto con una cadena que cruzaba el abultado abdomen.

- ¡Ya la una! ¡Que bárbaro, como corre el tiempo! Se nos va Ramírez, ¡se nos va!. Piense que ya estamos a veintiuno. Otro otoño auestas, y van muchos ¡Quien pudiera llegar a ver el novecientos! - exclamó suspirando mientras escudriñaba el oscuro perfil del monte bajo que estaba a pocos metros adelante, pasando el arroyo Leyes.

- Mande que un grupo lo cruce y explore el terreno. No quiero sorpresas y menos de noche. Con esta gente supersticiosa y la sorpresa. No, no les daré esa oportunidad!

La cinta del Leyes era un trozo de luna estirado sobre el negro terreno por el que cabalgaban a marcha forzada. Las descubiertas le habían informado del encuentro en la ribera del Saladillo. Corría a prestar ayuda a su amigo y tocayo Manzanares.

Les caería por la retaguardia. Con la señal de que nada se interponía adelante, levantó el brazo y lo bajó extendido. La tropa comenzó a cinchar contra la corriente con el agua en las verijas de los animales. Algún grito no contenido, fue prontamente acallado. Y así, en silencio, fueron saliendo hombres y animales del agua que corría su suerte mansa, serena, hacia la plata de la laguna que se abría a la noche gigantesca, un par de kilómetros aguas abajo. Las estrellas reflejadas aguas arriba del cruce, prolongaban el cielo hasta las patas de los caballos que las rompían implacables, pisoteándolas en cumplimiento de la orden impuesta.

- Señor, señor - decía el jinete agitado, con la respiración entrecortada por el esfuerzo que realizara - adelante hay gente desplegada, esperándonos - Con detalles brindó el informe de lo que había visto hacia el noroeste de donde se hallaban en ese momento.

- ¡Alto! - ordenó con voz estentórea y la tropa frenó la marcha - ¡Ordene desmontar y desplegarse en posición defensiva!

- ¡Comprendido mi comandante!

La orden fue cumplida. La máquina militar del regimiento 7 de Abril comenzaba a funcionar a la perfección. Se sentía orgulloso de su mando. Si bien era un grupo heterogéneo en cuanto a la composición de la tropa, había perfeccionado a fuerza de instrucción y simulacros su

capacidad ofensiva, atemperando las pasiones y divisiones internas con el empuje de su liderazgo y defensa de sus subordinados, toda vez que lo requirieran por algún problema. Se había ganado la lealtad de esa gente humilde, dura, producto de otra gente más sufrida y dura aún. Ellos comían dos veces la mayoría de los días .

- Que Fermín "el tano" y el tape Rosales salgan ya para los Cachos. Deben vadear el Saladillo antes de ese lugar y ponerse en contacto con el Comandante "Manzanares" Quiero que entreguen este mensaje. Es necesario coordinar el ataque. Así, con presión por dos flancos, debilitaremos su capacidad operativa y facilitaremos nuestra victoria. ¡Ya, vamos! Los jinetes partieron raudos hacia el peligro.

Mientras aguardaban noticias, demandó que otro grupo de exploradores estudiara las fuerzas que se le oponían y su distribución precisa.

Las horas de la espera pasaron lentas. Con el arribo del primero de los emisarios, se enteró de que en Los Cachos ya no quedaban fuerzas leales. Se habían replegado o algo peor.

Una furia sorda fue embargándolo. Nervioso, el animal que lo soportaba, oliendo el peligro, dio una vuelta en redondo, caracoleando. El ceño fruncido era el único indicio del entremezclarse en su mente las varias tácticas posibles para concretar la estrategia que se había propuesto emplear, madurada a lo largo de esa prolongada noche.

- ¡Ramírez! - convocó nuevamente a su asistente - ¡Que vengan el mayor Machado, el comandante Leiva, Reyes y los otros oficiales cabeceras de grupo!

- ¡A la orden, mi comandante! - replicó aquél, firme sobre la grupa, girando para cumplirla.

- Vean - decía mientras con un palo trazaba las posiciones en el suelo arenoso - estamos aquí. Ellos han desplegado sus fuerzas pensando que nos moveremos por los bajos del Mocoretá, para acortar camino. Evidentemente se proponen atacarnos por el flanco derecho ¡No les daremos el gusto!

- ¿Son muchos? - interrogó Leiva tratando de obtener la información que necesitaba para armar un cuadro correcto de la situación.

- El grueso de sus fuerzas, al menos en número. Conforme me fue informado, los ingleses están todavía en el Saladillo, cuidándoles las espaldas, de Manzaneros.

- ¡Ah, mejor! - exclamó aliviado el aludido oficial.

- La caballería se dividirá en dos flanqueando a la infantería que avanzará al centro como punta de lanza, para comprometerlos desde el vamos. A mi señal atacarán por los costados. Los encerraremos sin posibilidad de escape. No se confíen. Es una fuerza nutrida. Su fuerte es el refuerzo del casi centenar de extranjeros que los apoya, bien armados.

Se discutieron detalles menores respecto de las ubicaciones a adoptar y tuvo él que imponerlas, para evitar que el celo por ser los primeros, desordenara el tablero que había armado en su cabeza con nombres y todo. En ella ya empezaban a cargar contra el enemigo.

- ¡A la carga valientes del 7 de Abril! - ordenó con esa alegría feroz del profesional de la muerte, que se ve por fin convocado para lo que su vocación le mandó ser. Y la infantería, ansiosa, con el nerviosismo de la incertidumbre y el empuje del poco valor individual que se iba sumando, prestándose hasta desbordar con la marcha la capacidad de contención de cada uno, fue marchando pisoteando el miedo inicial. Quedó mezclado en la retaguardia con la densa nube de polvo que levantaban.

- ¡A paso de trote! ¡Cargar! - ordenó cuando tuvo a la vista las posiciones rebeldes. Y el clarín, ese animal de garganta de bronce, tocó a combate, haciendo hervir la sangre de la columna que avanzaba ahora más allá de sus fuerzas naturales.

- Ya vienen! - gritó Bernardo a Francisco Iturraspe que lo acompañaba en su emplazamiento. - ¡Atención, vienen! - dijo indicando la dirección del frente de las tropas oficiales que se acercaban en plena carga.

Los primeros disparos causaron un efecto desbastador en la infantería. Los heridos rodaban ya en los atacantes, pese a que la distancia restaba contundencia y precisión a los tiros.

Hundieron más los codos en la tierra y se prepararon para repeler la infantería, cuando el sonido de los cascos de la caballería que cargaba por ambos flancos, introdujo la cuña del pánico en los bordes.

Patricio Cullen con su gente intentó cargar, pero fue abatido su caballo con un certero disparo. Rodó y fue ayudado a montar en la grupa de uno de los animales que conducía un peón de su estancia que, rápidamente se apeó y le cedió la cabalgadura corriendo a refugiarse entre unos espartillos.

Sus fuerzas se replegaban en desorden. El hizo lo propio e

intentó poner distancia cuando, dado el galope disminuido por la mala monta, fue nuevamente alcanzado por un proyectil. Esta vez él rodó herido. Efectuó un disparo de fusil que no dio en el blanco. Un lanzazo certero se hundió en su cuerpo. Las últimas boqueadas fueron apuradas por otra lanza que se clavó también en su cuerpo. Ya no escuchó el fuerte alarido dado por el salvaje soldado que separó su cabeza a cercén, colocándola chorreando sangre en la pica de su lanza. Fue enarbolada como macabro trofeo de triunfo. Esperaba que sus jefes aplaudieran su pasión y lo premiaran.

La derrota fue completa. Los rebeldes se dispersaron en desbandada. Algunos en su huida, dieron aviso a los norteamericanos y su gente que se aproximaban para apoyarlos.

“No”- repetía la cabeza de Romero y Esquivel mientras se movía de un lado al otro. Consternado por el espectáculo. ¡Hasta donde podía llegar la inculta fiereza del hombre, embargado por aquella primitiva pasión animal de muerte! No ya el enemigo derribado, vencido. Sino el regodeo en la muerte del mismo. El placer de la violencia en sus despojos.

Dio órdenes estrictas para frenar a la soldadesca que comenzaba a quebrar sus límites, para convertirse en horda.

Puso dos oficiales de confianza al mando del grupo que cuidaba los prisioneros heridos, entre los que estaban las preciosas personas de Pancho y Bernardo Iturraspe, Juan López, "El chipá" que le decían para distinguirlo de los demás López, entre otros.

- ¡Leiva ! Hágase cargo de la caballería y prosiga con la tarea de limpieza. Nos veremos en Helvecia, hacia donde me dirigiré por río con Reyes. No perdonen a nadie y reponga caballos. Ramírez lo secundará. Cualquier cosa, ¡son órdenes mías!

- ¡Comprendido, mi comandante! Tenga la seguridad de que así se hará. No quedará ningún rebelde libre en el camino-

- ¡Bien carajo, pero ojo! No quiero violencia innecesaria. Constituimos un cuerpo disciplinado. No manchemos la victoria con bajezas. En especial la caballería no puede permitirse ciertas debilidades ¡Téngalo presente !

- ¡No se preocupe mi comandante! Sé lo que ha pasado y no me enorgullece. Lo lamento profundamente. Comparto con usted el sentimiento por lo ocurrido al vecino que muerto, ya no era un enemigo.

- ¡Vaya! ¡No es momento para discursos, la campaña continúa!

Las fuerzas de caballería venían pisándoles los talones y, después de lo acontecido, en particular con Patricio Cullen, no quedaban ganas de caer en manos de tan crueles adversarios; así que a galope tendido arribaron a la casa de uno de los franceses. Casi sin atender los gentiles reclamos de esas buenas personas, que pronto comprendieron la situación, cambiaron la mitad de los caballos y siguieron viaje en procura de las restantes monturas que permitieran el refresco necesario, para poder internarse en el monte y desaparecer por un tiempo prudencial.

Pidieron a los colonos amigos que hiciesen saber a sus familias que se hallaban bien y en viaje al norte. No dieron un destino cierto para no comprometerlos. Evitaron denunciar por cualquier eventualidad su paradero que, aunque deducible, no era fácil de precisar en esa dilatada comarca salvaje.

Una gran nostalgia los embargó cuando rodearon California por el oeste. A su vista se ofreció en la distancia, en el límite de Colonia Galense, el molino harinero en plena tarea. Si hasta casi les parecía sentir el ruido continuo y sordo de las muelas de piedra triturando el grano de la esperanza. La imaginación les jugaba una mala pasada. Muchos ojos se humedecieron. El futuro pareció cerrarse de nuevo.

- No importa, ¡seguiremos adelante! - gritó Moore a quienes parecían rezagarse. No furioso, ni amargado, sólo triste. Con la pena profunda por el esfuerzo vano de tantos valientes. El ahuecó el brazo y observó los agujeros en el costado izquierdo de su camisa, donde una bala paso rozando las costillas a la altura de su axila. Sager notó el movimiento.

- ¡Te erraron por poco! - le dijo.

- Fue un buen tirador con mala suerte! - le respondió Will.

- ¡O un adversario con mucha suerte, creo en tu caso!- le contestó sonriendo, mientras cabalgaban a la par ya en los límites de Colonia Eloísa.

- Apuremos el paso, aunque sea lo último que hagan estas pobres bestias nobles. La remonta en lo de Vernet nos permitirá refrescar la marcha y poner más distancia. Alejandra estará más cerca y habremos ganado el tiempo requerido para reponer fuerzas y conseguir lo necesario para continuar andando.

- ¿Hacia dónde?- preguntó Sager, con cierta ironía.

- Hacia el mismo infierno, si es necesario ¡Les daremos batalla en su propio terreno, si no queda remedio! - contestó Moore .

La resignación por lo ocurrido había comenzado a echar sus raíces. Lo acontecido a la aventura fue tomando sus dimensiones propias con el corto tiempo transcurrido,; perdiendo el aura encantado que la envolviera, producto del puro entusiasmo y estímulo común. Y allí estaban, un grupo de hombres derrotados en una violenta aunque oscura batalla, al menos para ellos, que fueron voluntarios convidados, sin otro compromiso que con la acción misma, brillante, dorada, atrayente y caprichosa como mujer bonita.

Grobet facilitó el recambio Fue también el último en montar, entre el llanto de las mujeres de la casa que sacudían sus pañuelos en la galería cuando volvieron a partir presurosos hacia el norte.

Cabalgaban abiertos en abanico, para evitar el polvo que levantaban; así que a los gritos se entendían con los de sus costados. Las idas y venidas de las charlas inconexas, demoraban más de lo habitual. Sin embargo no callaban. Se les hacía necesario hablar para llenar ese vacío dejado por la derrota. Lo hacían tanto, que parecían un grupo de gallinas en desbandada.

Will se percató de esa circunstancia y la sonrisa dibujada en sus labios se convirtió en carcajada.

- ¡Si nuestras mujeres nos escucharan! - le gritó a Kauffmann, a su derecha en ese momento - ¡Les tiramos lejos el cetro! ¡Vaya bandada de cotorras en que nos convertimos!.-

Esa aseveración fue imponiendo silencio y quien más, quien menos, comenzó también a sonreír ante la observación formulada.

- ¿Buscamos Mal Abrigo, verdad? - preguntó Sager que ansiaba visitar sus lares antes de perderse en el Gran Chaco, donde se sabían a salvo como los matreros, con la ventaja del apoyo logístico a lo largo y a lo ancho de las tierras del Pájaro Blanco, de familiares, novias y, ¿por qué no? amantes, que habrían de brindarse por entero para asegurarles la ayuda necesaria.

- Sí, será el último punto que tocaremos. Desviaremos al oeste e iremos al encuentro de los nacionales. El coronel Manuel Obligado habrá de brindarnos protección transitoriamente. Cuenta con instrucciones del Ministro Alsina, que prometió su apoyo irrestricto a la campaña contra Bayo. Allí, en su comandancia, las milicias provinciales nada podrán hacer,

excepto morder el polvo de la impotencia, mientras reponemos fuerza - contestó Leiva que cabalgaba a su lado y manejaba el aspecto político de la retirada, por sus vinculaciones con los factores de poder dominantes en la intrincada trama de acciones y reacciones palaciegas, con que se regodeaban los señorones capitalinos comprometidos con ellos desde Buenos Aires.

A la sazón en El Rey, las tropas federales prolongaban el receso del mediodía, para reponerse de la fatiga y de la somnolencia que le había provocado el succulento asado que les fuera servido para salvar el hiato de la frugal ración de campaña que los hubo acompañado durante la semana última.

El adormilado centinela que auscultaba el sur cada tanto, de a largos ratos cansinos, dio la alarma. Un jinete se acercaba a revienta caballo, levantando una prolongada pluma de polvo que se perdía en la resolana, quebrando sus contornos. La figura cenicienta se iba agrandando con los minutos. La bandera en lo alto de la tacuara que le servía de mástil, sobresaliendo del árbol en que la hubieron emplazado, guiaba su galopar. Ya no necesitaba conducir la cabalgadura. El relincho de algún caballo del grupo, orientó a la bestia sudorosa que corría debajo. Un resoplido agónico fue apenas su respuesta. Solo le quedaban fuerzas para repetir mecánicamente ese trote rápido, llevado al límite de su capacidad.

El jinete sofrenó el animal a la sombra del árbol embanderado, desmontó precipitadamente y, cuadrándose, con la respiración agitada exclamó:

- ¡Correo para el señor Comandante Obligado!

- Acérquese soldado - dijo el militar mientras tendía la mano para recibir el despacho.

- Sírvase señor - expresó respetuosamente el joven mensajero entregando en manos propias el objeto de su misión.

- ¡Arce ! - convocó perentoriamente el fogueado militar, después de leer.

- ¡A la orden! - le respondió uno de sus oficiales de mayor rango.

- Vea por usted mismo - le dijo alcanzándole el papel bastante arrugado, que consignaba precisas instrucciones para que los refugiados que

fueren llegando para ponerse bajo su protección, sean detenidos y entregados al gobierno provincial.

- Con esto se modifican sustancialmente las instrucciones verbales que recibiera personalmente del Ministro y fueran objeto de nuestra charla días pasados - recalcó, agregando: - Dé órdenes de marcha; regresamos a la Comandancia. No quisiera estar en el pellejo de estos pobres desgraciados. Habrán de pagar los platos rotos ¡y con creces! Esta política de caudillejos y facciones acabará con la Nación en corto plazo, si no se refrenan las pasiones egoístas. En fin, debemos cumplir con nuestro deber; su majestad la obediencia lo exige. Por las dudas, envíe a alguien que se adelante mientras se prepara la tropa, para hacer conocer las nuevas. Veremos de morigerar los efectos de esta disposición tan extraña a la que campeaba en el Ministerio de Guerra y confunde las propias recibidas de la más alta autoridad. Démosles una oportunidad a aquellos que de buena fe se nos arriman para que desaparezcan... - concluyó sonriendo maliciosamente.

Entrecerró los párpados y miró lejos, hacia el poniente, al final de esa pampa próxima que se abría inmensa, bañada de luz y de tantas otras promesas de seguridad que, a fuerza de coraje y empeño, trataba de hacer realidad con poco éxito. Esa llanura estaba mucho, mucho más allá de la capacidad de comprensión de quienes ocupaban los vastos despachos en la capital y tomaban las decisiones, sin ver fuera del límite de sus estancias...

Los pastos genuflexos barrían de a ratos el suelo, con cada golpe del norte que no cesaba de arrojar sus vientos .

APÉNDICE 2°

El otro fuerte San Javier

Las investigaciones realizadas permitieron al autor determinar que con anterioridad al fuerte – o fortín – de la actual San Javier, existía en la provincia de Santa Fe por lo menos otro fuerte – o fortín – San Javier, sito en el lugar de la actual Sunchales. Destruído en varias ocasiones a lo largo del tiempo por los malones y reconstruido con insistencia, hasta concluir en el fuerte La Virreyna erigido por **Gastañaduy** en 1792, denominado así en honor a **Rafaela de Vera Mujica**, ¡la hija del fundador del San Javier Actual!; que casó con el Presidente de la Audiencia Real de Chile **Juan del Pino y Rozas**, nombrado Virrey del Río de la Plata en 1803, “por cuyo nombramiento cantóse en Santa Fe misa solemne y tres noches seguidas se iluminaron las calles de la ciudad...”

Ese fuerte sobrevivió hasta el emplazamiento de la colonia agrícola (Toda una mayúscula ficción) del belga **De Mott** que subsistió hasta la rebelión de los colonos, que le prendieron fuego; en un hecho que constituyó el primer levantamiento agrario en la provincia anterior al “Grito de Alcorta”, escondido por las autoridades por estar comprometidas en esa frustrada empresa (Ver “Una Revolución Agraria”).

Todo ello fue brevemente relatado también en San Javier Colonial, donde se expresó respecto del fuerte:

“San Javier, en el límite sur de la posteriormente denominada Región del Pájaro Blanco, se hallaba en pleno Chaco Gualamba, del cual Martín Dobrizhoffer S.J., que había pertenecido a San Javier antes que Florián Paucke dijo: “Los Españoles lo consideran el teatro de la miseria; los bárbaros, en cambio, su Palestina, su Eliseo. En cuanto a los Españoles bajo Pizarro hubieron sometido a los Peruanos y, por el derecho de la guerra, se habían apropiado de Chile, Quito y Tucumán, los indios desde todas partes se asilaron aquí como refugio de la libertad y el valladar contra la servidumbre. Los paracuarios corrieron cautelosos a los escondrijos que el Chaco les ofrecía, para substraerse a los ojos y manos de los huéspedes europeos, a los cuales no quisieron tener como amigos ni enemigos. Los cerros más altos les sirvieron de atalayas, los bosques intransitables en vez de una muralla, los ríos y pantanos a guisa de fosas, los campos repletos de fieras y árboles frutales como almacenes, en fin, la

provincia entera que por su posición natural y condición está segura contra todos los asaltos extraños, a guisa de una fortaleza”.

Algunos autores – muy pocos – han expresado la existencia de un San Javier anterior al que nos preocupa. Ello es cierto. Lo hubo. Se trata de un fuerte y un pequeño reducto indígena ubicado en el entonces llamado —Camino de los Porongos‖ que unía Santa Fe con el camino real conducente a Córdoba hacia el Sur y Santiago del Estero al Norte. Aproximadamente o casi en el posterior emplazamiento del fuerte —La Virreinal‖ que fundara a la altura de Sunchales (O Unchales) Gastañaduy en 1792. Caído y abandonado el fuerte —de la Virreynal‖, desapareció la reducción, tal vez de San Javier como la citan algunos, que los jesuitas mantuvieron en el lugar. A ello nos referimos en nuestro trabajo —La Primera Revolución Agrícola‖ citando a GRENÓN; Pedro —Relación de Viaje de 1713 del P. Bourges. —Rev. Junta Provincial de Estudios Históricos —T 4 — Santa Fe — 1941, año en que ese jesuita que viajaba de Europa a China, vía Chile, pasó por estas tierras trasladándose de Santa Fe a Córdoba por el viejo camino citado; donde, abandonado por su guía fue a dar a la reducción de San Javier que lo acogió, permitiéndole reiniciar su prolongado camino. (¿Se trataba de un periplo de inspección a varias jurisdicciones jesuíticas, dado lo atípico del trayecto

adoptado?). El es autor de Los Catecismos de 1699, muy discutidos en su época.

Es evidente la falta y dispersión de la información. La realidad es independiente de los juicios de valor. En un comienzo cabos sueltos hallados como consecuencia de otros trabajos, posteriormente explorados, permiten mostrar esto en función de la poca documentación disponible; por lo que constituye esta historia menor un interrogante abierto que habrán de cerrar los jóvenes historiadores con mayor información y capacidad”.

Una exploración secuencial de las Actas del Cabildo de Santa Fe permitieron precisar las alternativas históricas de tal fuerte.

En mérito al rigor histórico y a la brevedad, se reproducen las partes pertinentes de las actas cabildares. Los comentarios huelgan.

[En Santa Fe el día 8 de Abril de 1720](#)

Perteneciente al 8 de Abril de 1720

- El Tte. Gral. da noticia del avance de las aguas sobre **los cuarteles del Fuerte de San Javier**, y de cómo los soldados por no tener donde guarecer armas y personas se retiraron a las Casas de Teja de la Chacra del Alcalde Prov. Dn. Antonio Márquez Montiel. Se acuerda que se tomen providencias y se fortifique dichas casas con gente propicia sin causar costo alguno.

¡En 1720 ya estaba el otro San Javier!

[En Santa Fe el día 16 de Marzo de 1789](#)

Perteneciente al 16 de Marzo de 1789

Tomo XV B, XV f 354 a 355

- Por oficio del 9 de marzo, el Virrey remite para su informe pertinente, la representación que le cursó el Comandante de Armas, con fecha 26 de febrero, sobre los siguientes puntos: Traslación de los fuertes de San Nicolás y San Juan Bautista; **reedificación del de San Javier**; aumentar la dotación de la Compañía de Blandengues que los guarnece; conceder al Capitán de ella el Título de Comandante de Fronteras, para que pueda disponer de las Milicias; reunir “las familias vagantes e indios de Santiago”, en las inmediaciones de dichos fuertes, y atender los gastos que todo esto requiere con los Arbitrios. Se comete a los Alcaldes Ordinarios la confección del informe, para lo cual tendrán cuenta todos los producidos por el cabildo sobre la materia, existentes en el Archivo.

Obs. : Al margen se consigna: “10 de Marzo”, (f. 354)

[En Santa Fe el día 4 de Abril de 1789](#)

Perteneciente al 4 de Abril de 1789

Tomo XV B, XV f 364 v a 368 v

- Respecto de informe que ordena el Virrey, por oficio del 9 de marzo, ante las propuestas del Comandante de Armas, 1º expone: que es necesario trasladar el fuerte de San Nicolás 4 leguas más al norte, y el de San Juan Bautista 10 o 12 en el mismo rumbo, que es preciso aumentar en 25 plazas las 100 que componen la dotación de Blandengues, a cubrirse con los Arbitrios; que solamente se “condecora” al Capitán de dicha Compañía, con el título de “Comandante de los vagos”, para establecer a éstos en las inmediaciones de los fuertes, y a los indios de Santiago, en el fuerte de San Nicolás, donde se hallan, y que no se haga novedad en la dependencia de las Milicias, que deben continuar a la orden del Comandante de Armas; que es conveniente reunir a las “familias vagas” en la frontera, alrededor de algún fuerte, como lo han representado los vecinos de Coronda y del Salado, por los perjuicios que causan a sus ganados; que se socorra a los mencionados indios con vacunos y laneras para su manutención y vestuario, proponiendo que en lugar de suministración una res diaria, como se hace desde 3 años por orden de la Superintendencia, se les forme una estancia, con vacunos y lanares de cría, a fin de mantenerse “con los múltiples” y evitar que el gasto prosiga; que los costos de “refacción, construcción y traslación de los fuertes”, se haga como siempre, con los Arbitrios; que **se repare de San Javier por estar arruinado**, desistir de la propuesta de mudar el fuerte de San Juan Bautista al Arroyo de las Ovejas, sito 34 leguas a norte de la ciudad, por lograr distancia, y no ubicar ninguno en dicho lugar ni en el paraje de Cayastá, por ser de mala

guarda y “piso enfermizo”, sito en donde se estableció, en pueblo, los chascomúes en 1749. El Alcalde 2º y el Alguacil Mayor difieren su parecer para mejor informarse, proponiendo citar para este asunto, al Regidor Juan Francisco Roldán. El Alcalde de la Hermandad de Coronda por oficio del 1º del corriente, remite la lista, firmada, de los vecinos que han ofrecido su contribución para la creación de la nueva población que han propuesto, que incluya 4 de la ciudad, que son hacendados del partido. Se dispone elevarla al Virrey, junto con las demás actuaciones de la materia. En la visita de Cárcel se hallaron los siguientes presos: José Antonio Andino y Melchor Lares, por muerte de Bernardino Abalos; Juan José González, por ladrón; Sebastián Martínez, por camorrero; Salvador Cayuri, por muerte; Juan Antonio Gaona por adulterio; Calixto Basualdo y Pedro Leyva, por heridas, Pedro Antonio Reura por muerte; Francisco Javier Basualdo, por ladrón; Lucas Romero, por ladrón; José Pérez, por herida, Pablo, negro esclavo, por muerte; Feliciano Silva y Francisco Leyva, por muerte; Pedro Casco, por heridas; Manuel Fernández (a) el quebrado por muerte; Juan Antonio Rodríguez, José Ignacio Perulero e Ignacio Covay, por muerte; Nicolás de los Angeles Feliú y Pedro Tomás Cuello, por contrabandista, José Castello, por heridas; Pedro José Flores, Pedro Pablo Denis, Juan José Leyes, Baltasar Cepeda, José Ignacio Ramírez y Domingo Rocha, por jugadores; Patricio Caco, por deuda; Juan Vicente Contreras por “amores”; Pedro Moreyra por enamorado; y José Aguirre, por andar con cuchillo y haberse resistido a la

autoridad. Se pone punto a las causas civiles “hasta el lunes de la semana de Cuasimodo”.

En Santa Fe el día 4 de Mayo de 1790

Perteneciente al 4 de Mayo de 1790

Tomo XVI A, XVI f 46 a 59 v

- Se pone punto a consideración el traslado de los fuertes, de acuerdo con lo propuesto al Virrey, por el Comandante de Armas el 26 de febrero de 1789, y lo informado por el Procurador General Francisco Javier de Lassaga. El Alcalde 1º José Ignacio de Uriarte propone trasladar los fuerte de San Juan Bautista y San Nicolás a los puntos indicados por los mencionados y **reparar el de San Francisco Javier**, a fin de cerrar la entrada a los infieles del Chaco, para que los hacendados no desalojen sus estancias, y a fin de que no se repitan sus crueles ataques, como el llevado a cabo en el Pueblo Viejo, que ocasionó 7 muertes y una niña cautiva. Propone que con las 25 plazas a crearse se establezca **un fuerte en el paraje de los Sunchales**, por el beneficio que reportaría al comercio, el ahorrar 60 leguas de camino al Perú. Con estos 4 fuertes así dispuestos, se beneficiarán los vecinos de Santiago del Estero al poderse extender a otros terrenos. Se opone trasladar el fuerte de San Juan Bautista al paraje de Las Ovejas. Señala que llevado éste 11 o 12 mas al norte, en donde hace esquina el Salado, y el de San Nicolás 5 leguas

más afuera, quedaría paralelos con el de San Javier y a distancia de 6 leguas, con lo cual podrán socorrer a tiro de cañón. El Regidor Roldán y el Alguacil Mayor propone trasladar el fuerte de San Juan Bautista al paraje de Las Ovejas, como ya se hizo en 1788 y erigir **un fortín en Las Cañas** con 1 oficial y 12 hombres, por ser este lugar por donde penetran los indios. Proponen que en caso de crearse las 25 plazas que se solicitan, se formen 2 compañías de Blandengues, con 62 hombres cada uno, con sus oficiales correspondientes. Admiten el traslado de los fuertes de San Nicolás y San Javier. Se resuelve elevar el expediente al Virrey, para su aprobación. Ante el oficio del 13 del corriente, de Antonio Barrenechea, participando no haberse podido recibir como Mayordomo Receptor de Arbitrios en Buenos Aires por haberse opuesto a ello su antecesor, José Teodoro de Aguiar, pretextando el cobro de algunas deudas y no haberle aprobado sus cuentas el Cabildo, el Regidor Decano expresa que se debe el “infidel pensamiento de perpetuarse en aquel ministerio” y desconocer una legítima providencia del cuerpo, que tiene aprobación del Virrey. Propone se le conmine a la entrega de su empleo y de toda la documentación y caudales bajo apercibimiento de embargársele todos sus bienes, y que se informe al Virrey. Expone extensamente, sobre la actitud de Aguiar, señalando que la Junta de Propios y Arbitrios no aprobó sus cuentas por haberse asignado, sin autorización alguna, el 8 por ciento de comisión, cuando se le había fijado el 6, con su aprobación. El Alguacil Mayor difiere su parecer, pero el Alcalde 1º no hace lugar a ello por no ser de su

cuenta y riesgo el nombramiento de Aguiar por no haber asistido al Cabildo que lo dispuso. Adhiere al parecer el Regidor Roldán.

BIBLIOGRAFIA

ARCHIVO GENERAL DE LA PROVINCIA DE SANTA FE – Actas del Cabildo de Santa Fe.

MINNITI MORGAN; Edgardo Ronald – Una Revolución Agraria – Congreso Argentino de Inmigración – IV Congreso de Historia de los Pueblos de la Provincia de Santa Fe – Asociación Amigos del Archivo Gral. de la Pcia. de Sta. Fe – Esperanza - 2005

MINNITI MORGAN; Edgardo Ronald – San Javier Colonial -



El autor, nacido en San Javier, Santa Fe, Argentina; radicado en Córdoba, es poeta, escritor, historiador, divulgador científico – Ex Directivo de la Sociedad Argentina de Escritores SADE –Filial Córdoba – Ex docente del Observatorio Astronómico de la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil de Rosario; como así Director del Boletín Astronómico de ese Observatorio y de la revista “Hoja Astronómica”, que alcanzaran divulgación internacional. Actualmente es Miembro de la Red Mundial de Escritores en Español, Miembro de Honor de la Sociedad de Arte y Ciencia de Bolivia e integrante del Grupo de Investigación en Enseñanza, Difusión e Historia de la Astronomía del Observatorio Astronómico de Córdoba (Integra la plante de su personal) – Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Ha publicado siete libros de poesía (“Mandato Cumplido”, “Madrugales”, “Una Rosa Roja” “Palabras para Pintar”, “Óleos para Leer”, “Con Acento”,y

“Grageas Poéticas”), cuatro novelas (“Dicen que fue el último”, “Salvajes Palmeras del Pájaro Blanco”, “Los Solitarios” y “El Flaco”), tres libro de cuentos (“Para Leer en el Tren Bala” “Para Leer Dos Veces” y “Para Leer en la Cola del Banco”), dos ensayos (“Poesía” y “Arte y Ciencia de Hoy” – editado por “Porte des Poetes”, París, Francia - 2014), la historia de su región natal (“Cabalgando en la Memoria”, “San Javier”, “Colonia California y Galicia en el Pájaro Blanco”, “San Javier Colonial”; “San Javier Después” y “Malones, tormentas, etc...”), diversas monografías (“Una Revolución Agraria”, “Indios”, etc); siendo autor de “Quienes en la Astronomía de Perú” y coautor de un libro de divulgación astronómica (“Infinito”-Maravillas del Cielo Austral) y dos obras de historia de la Astronomía en Córdoba (“Uranometría 2001” y “Córdoba Estelar” – editadas por la Universidad Nacional de Córdoba); como así dos – también en coautoría - sobre Córdoba (“Córdoba Viva” y “Córdoba Viva Hoy”) y la Historia de la Astronomía en Latinoamérica, por país, entre otros múltiples trabajos literarios y de investigación histórica (HistoLIADA, historiadelaastronomia.wordpress.com, LIDEA, entre otros sitios). Ha sido objeto de diversos premios nacionales e internacionales por su obra; destacándose, el premio Herbert C. Pollock – USA - 2005.(Primera vez que se otorga a latinoamericanos).

edminnmor38@gmail.com

edgardominnitimorgan@oac.uncor.edu

